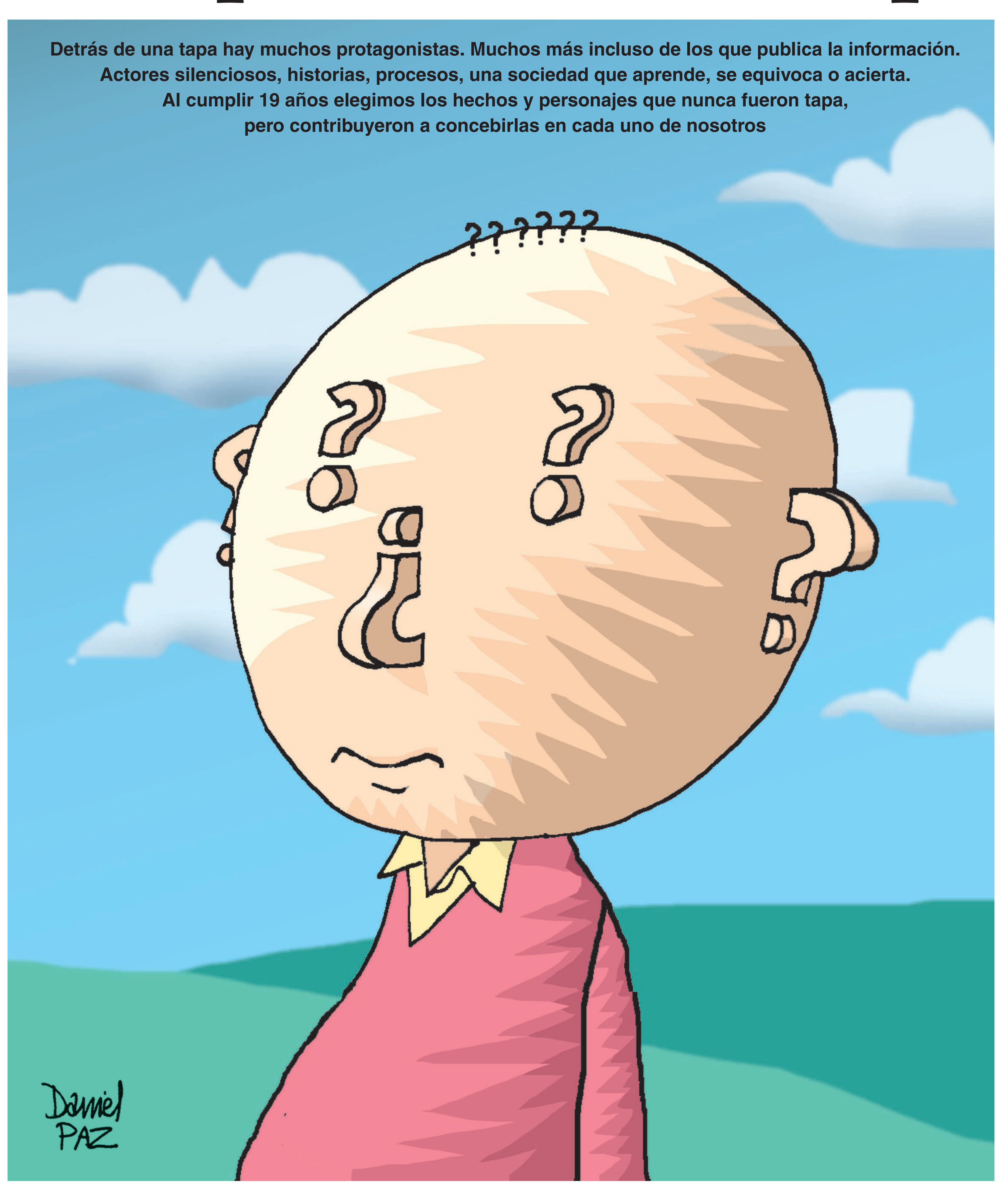
SUPLEMENTO ANIVERSARIO

Los que no fueron tapa



19 años de **Página/12**

Gabriel Rabinovich

La felicidad de Rabinovich

POR NORA VEIRAS

"Estoy chocho. Soy feliz." Su voz suena tan cristalina como su confesión. La tonada cordobesa condimenta una declaración inhabitual. Gabriel Rabinovich tiene 37 años y una profesión que, mirada desde los prejuicios de la coyuntura, no parece acorde a ese ideal: es científico. Como investigador independiente del Conicet, acumula ya las más altas distinciones en el país y el reconocimiento internacional al trabajo de su equipo por los avances en el método para detectar cómo los tumores cancerígenos desarrollan una sustancia y logran derrotar al sistema inmunológico.

Estudió Bioquímica en la Universidad Nacional de Córdoba, hijo de "un típico matrimonio clase media de la colectividad: mamá farmacéutica y papá contador, mis ídolos" –dice–, descubrió su vocación por la investigación al cursar Inmunología. "Es apasionante develar los mecanismos a través de los cuales los linfocitos, las células encargadas de la defensa del organismo, pueden actuar para protegernos contra moléculas extrañas y evitar que se dañen los componentes propios", explica dejando al descubierto el manejo de su otra vocación: la docencia.

A los 23 años, recién egresado, se integró al Laboratorio de Inmunología de la Facultad de Ciencias Químicas. Fue becario de la Fundación Antorchas y completó su doctorado en Londres con el apoyo del British Council. En el '99 regresó al país para rendir su tesis doctoral. "A fines de ese año conseguí un lugar en el Laboratorio de Inmunogenética del Hospital de Clínicas de la UBA, que dirige Leonardo Fainboin. Desde allí estoy trabajando, somos siete en el grupo, seis becarios bajo mi dirección."

–Supongo que habrás tenido ofertas para quedarte en el exterior, ¿por qué volviste?

–Sí, en Gran Bretaña, en Estados Unidos. No me quiero hacer ni el héroe ni el patriota, volví fundamentalmente por los afectos. Fue una época muy difícil de la Argentina, especialmente el 2001, cuando estaba cerrado el ingreso a la carrera en el Conicet. Pero la ecuación perfecta para mí era –y es– poder hacer una ciencia buena en la Argentina y compartirlo con la gente que amo. Estar bien por dentro ayuda mucho para hacer las cosas lo mejor posible.



Rabinovich repite una y otra vez que "los becarios son los pilares del grupo". Marta Toscano, Juan Ilaregui, Germán Bianco, Leonardo Campagna, Diego Crocci y María Salatino integran el equipo en el que también colaboran investigadores de las universidades de Córdoba y Rosario. "El grupo de chicos –26 años promedio– que tengo es excelente, son ellos los que mantienen el sistema científico con sueldos muy bajos. Mis becarios son como mis hijos", dice.

El grupo desarrolló un nuevo mecanismo para tratar de aplicar el rol inmunorregulatorio de la Galectina 1 al crecimiento de los tumores. Galectina 1 es producida por los tumores para poder suprimir la respuesta inmunológica. En el '99 empezó los experimentos y a fines de ese año Natalia Rubinstein, la primera tesista doctoral del grupo, tuvo la responsabilidad de llevar adelante la parte experimental del proyecto. "Los científicos del Instituto Leloir nos enseñaron toda la parte oncológica y por suerte en el 2004 pudimos mostrar con ensayos *in vitro* e *in vivo* que Galectina era producida por tumores para escapar del reconocimiento inmunológico." Ese trabajo fue consagrado con la publicación en la prestigiosa revista *Cancer Cell* y el equipo logró una amplia repercusión internacional.

"Con este gobierno hay avances. Se nota que el ministro (Daniel Filmus) y el Presidente (Néstor Kirchner) tienen una tendencia para apoyar mucho más la ciencia, pero falta más. Se respiran mejores aires, con los aumentos salariales, la obra social para los becarios, el aumento de los subsidios", señala Rabinovich, y remarca que "mi compromiso es hacer buena ciencia en la universidad pública, siempre defender los organismos públicos. En la intersección entre lo público y las empresas privadas se encuentra la fórmula para hacer la ciencia que se hace en el exterior". La UBA, el Conicet, la Agencia de Promoción Científica y la Fundación Sales son los aportes centrales del grupo de Rabinovich.

"Tenemos que trabajar como algo lúdico, divertirnos sin dejar la rigurosidad, si queremos hacer una ciencia que sirva para responder preguntas relevantes. Las alegrías son las que se viven cotidianamente; si uno espera que el hallazgo sea la alegría, no sirve porque por ahí el camino que se tomó no es el adecuado para llegar al hallazgo. Lo importante es lo de todos los días, dar clases, hacer experimentos, sentarse con los becarios para discutir los problemas."

Un hombre feliz porque hace lo que quiere y, como si fuera poco, lo que quiere puede contribuir a evitar la enfermedad para millones de personas.

Saludamos a

Página/12

en su 19° aniversario

Felicitaciones



Alicia Zubasnabar de De la Cuadra

La abuela Licha

POR VICTORIA GINZBERG

COMPAY



En el sillón de pana verde que todavía está en el comedor de su casa comenzó a gestarse en 1977 la Asociación de Abuelas de Plaza de Mayo. Fue una mañana en que Chicha Mariani, otra señora de La Plata que estaba tratando de dar con Clara Anahí, secuestrada cuando tenía tres meses, le tocó el timbre. Alicia Zubasnabar de De la Cuadra –Licha para casi todo el mundo– le contó su historia y la de otras mujeres que se reunían en La Plata o en Buenos Aires, en la Plaza de Mayo. Al poco tiempo, las que buscaban a sus nietos secuestrados o que debían haber nacido en cautiverio sumaban doce, entre ellas estaba Estela Carlotto.

Licha fue la primera presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo. Nació en Sauce, un pueblo correntino. Y allí se casó con Roberto Luis De la Cuadra. La pareja decidió mudarse a La Plata para educar a sus cinco hijos: Estela, Soledad, Luis Eduardo, Roberto José y Elena. La década del `70 encontró a los jóvenes De la Cuadra comprometidos con la militancia política, social y sindical. Y como muchas familias platenses, los De la Cuadra fueron atravesados por el terror de la dictadura.

Licha sintió que el espanto se apoderaba de su cuerpo el 2 de septiembre de 1976 cuando un grupo de hombres, algunos con la cara tapada con medias, otros con ropa de fajina y armas, irrumpió en su departamento para buscar a Roberto José, que en ese entonces trabajaba como obrero en YPF. "Yo a ese muchacho no lo conozco", dijo Licha en la puerta, cuando la patota estaba a punto de subirla a un auto y se encontró con Roberto José, que llegaba a la casa paterna. La frase de la madre no convenció a los represores, que empujaron a la mujer al ascensor a punta de pistola y se llevaron al hijo.

La familia De la Cuadra se movilizó. Las gestiones se incrementaron con el secuestro de Elena y su marido, Héctor Baratti, en febrero de 1977 y de Gustavo Freire, esposo de Estela, en diciembre de 1977.

Elena estaba embarazada cuando desapareció. En julio, Licha recibió una llamada telefónica que le anunció que su hija había tenido una niña y que le había puesto Ana Libertad. Sobrevivientes del centro clandestino que funcionó en la comisaría quinta de La Plata le fueron aportando detalles, como la discusión de Héctor con el cura Christian von Wernich, quien se negaba a entregar a la niña a sus abuelos porque "la iban a criar igual que a sus hijos".

Sin imaginar que la Iglesia estaba aún dentro de los campos de concentración, Licha recurrió a distintas autoridades eclesiásticas hasta que terminó en el despacho de monseñor Emilio Graselli. "Usted no me dijo que Elenita estaba embarazada", le dijo el cura en el segundo encuentro, demostrando que manejaba buena información. Graselli sabía que Elena estaba "en alguna comisaría" pero no quiso aportar detalles. "Si se lo digo va a ser para peor, porque usted va a empezar a rondar y le va a ir peor a ella", fueron sus palabras.

La búsqueda constante de Ana Libertad no hizo que Licha dejara de hacer gestiones por sus hijos y yernos. Su nombre figura en el escrito con el que la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de La Plata pidió que se iniciara el Juicio de la Verdad en esa ciudad. Y durante años estuvo cada miércoles en la sala de audiencias, mirando con sus ojos claros a los testigos o acusados, entre ellos a Von Wernich. El año pasado cumplió noventa años y fue declarada ciudadana ilustre de Corrientes. Las Abuelas la homenajearon con el título de presidenta honoraria.

Durante muchos años, Licha pensó que sabía quién podía ser su nieta. Inició una causa judicial que sufrió innumerables trabas, hasta que, hace unos meses, logró que la joven en cuestión se hiciera un estudio de ADN. Todavía no tiene el resultado y ahora no está convencida de que esa chica sea Ana Libertad, pero sabe que, de cualquier forma, si no es su nieta, hay grandes posibilidades de que sea la nieta de alguna de sus compañeras. Licha es una de las tantas mujeres que esperan. Pero no se quedó sentada en el sillón de pana verde. Pelea y, a pesar del tiempo, no se cansa de exigir respuestas: ¿dónde está su nieta?, ¿dónde están sus hijos, sus yernos? Cuando estas preguntas se contesten, Licha será noticia. Pero Licha –como todas las Abuelas– espera todos los días. Todos los días busca.

Miguel Manfredi

El testigo

POR IRINA HAUSER

Hubo un tiempo en que Miguel Manfredi tenía las llaves de la presidencia de la Corte Suprema, de unos cuantos despachos y de la sala de acuerdos. Llegaba antes que nadie, abría las cortinas, encendía las estufas o el ventilador, apilaba los expedientes del día y corría a calentar agua para servir lo que le pidieran. "Si alguien hizo historia en la Corte, ése es Manfredi. El vio todo", asegura un custodio que lo conoce hace años. Estuvo ahí aquel marzo de 1962. El juez Julio Oyhanarte le indicó que esperara junto al teléfono porque alguien avisaría en cuanto llegara, en secreto, el titular del Senado, José María Guido. En el momento exacto lo recibió a la salida del ascensor y fue uno de los pocos presentes en la jura relámpago que –ante el derrocamiento de Arturo Frondizi– convirtió a Guido en presidente de la Nación, en un intento por conservar la institucionalidad.

Manfredi había sido gendarme. Cuando lo quisieron mandar al sur por segunda vez, desistió. Un amigo lo recomendó en Tribunales y rápidamente resultó el mayordomo estrella de la mayoría de los jueces que encabezaron la Corte. Presenció plenarios y reuniones de Sus Señorías, donde ni los secretarios favoritos tenían permitida la entrada. A sus 83 años, tiene flashes recurrentes que visitan su memoria. Puede verse a sí mismo parado en un balcón del cuarto piso del Palacio de Justicia, que da a Tucumán y Talcahuano, mirando perplejo el bombardeo de 1955, los aviones volando ahí nomás, casi sobre su cabeza. Después de la caída de Juan Domingo Perón, fue uno de los pocos que conservó su puesto en la Corte.

Toda la vida fue a trabajar de traje, con corbata y chaleco. De la última dictadura militar le resuenan el silencio entre los empleados y las visitas del ex intendente Osvaldo Cacciatore, que iba a ultimar detalles "del negocio de la autopista 25 de

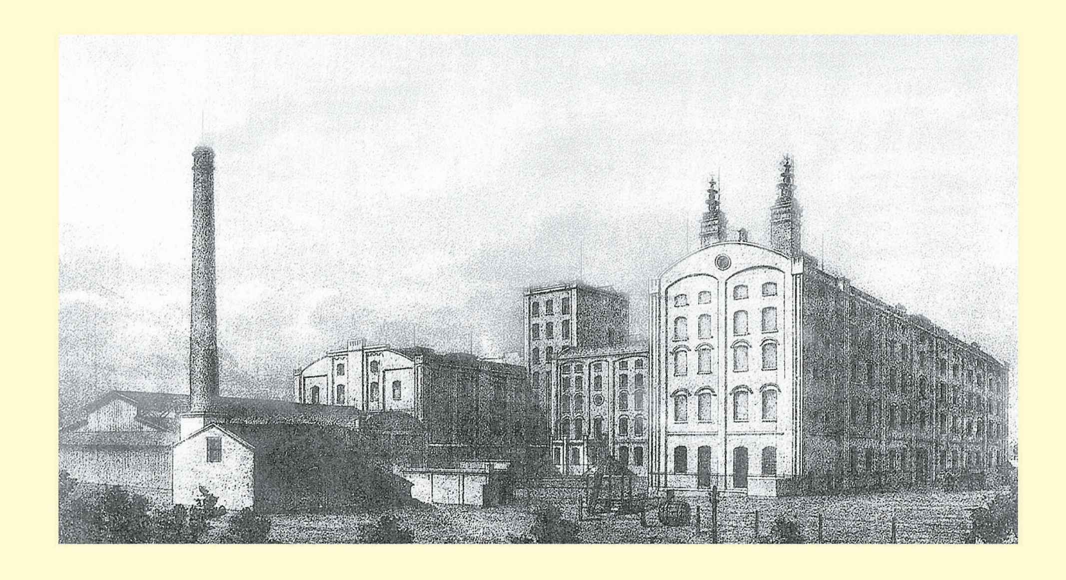
Mayo”. Siempre tuvo la impresión de que en la Corte pocas cosas cambiaban, pero hubo algo notable a partir de 1983: la multiplicación de mujeres, en todo tipo de cargos. Había sido intencional excluirlas. Una vez oyó a un poderoso secretario decir: “Nunca hay que dejar entrar mujeres a la Corte”. La única jueza suprema hasta entonces, Margarita Argúas, nombrada en 1970, era considerada una rareza histórica y terminó enferma, al parecer, de hepatitis.

Sentarse con otros ordenanzas en el salón de té de los ministros, el lugar más cálido del edificio en pleno invierno, le daba mucho placer a Manfredi. Cada vez que el juez Carlos Fayt –nombrado por Raúl Alfonsín– los pescaba en el recreo, les decía en broma “¡No ven que éste es un lugar sagrado!”, mientras señalaba los retratos de todos los presidentes de la Corte que decoran las cuatro paredes.

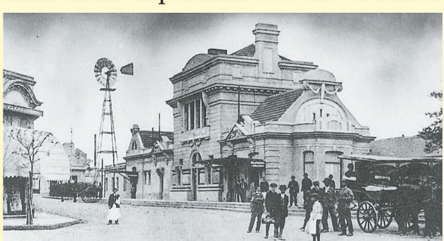
Manfredi sabe de memoria los gustos y mañas de muchos ministros. Julio Nazareno prefería el café negro, Enrique Petracchi “cortadito”, Adolfo Vázquez pedía mate cocido y para Augusto Belluscio y Fayt servía té, clarito para este último. A Antonio Boggiano, incondicional de las galletas a la tarde, lo conoció más que a ninguno. Desde 1991 lo asistió casi en exclusiva. El lugar físico de trabajo era el mismo de siempre, porque el juez aliado del Opus Dei estaba ubicado en diagonal a la presidencia. Era un punto estratégico para identificar a los visitantes frecuentes e ilustres: Roberto Dromi, Fernando de la Rúa, León Arslanian y una larga lista de funcionarios del Vaticano. Rodolfo Barra, aun después de dejar la toga, siguió siendo un habitué.

Cuando renunció Jorge Bacqué, a principios de los noventa, sintió una pena especial. El ministro denunció que Carlos Menem ampliaba el tribunal a nueve miembros para tener una mayoría leal. Unos años después, quedó muy impactado el día que denunciaron a Boggiano, su jefe, por robar una sentencia. Manfredi tenía entre sus misiones la de llevar y traer expedientes. La única vez que volvió a ver al juez “tan chinchudo” fue cerca del final de su juicio político, en 2005. Los cacerolazos contra la Corte le parecieron casi una película. “Entraban cosas volando por las ventanas. Los ministros se quejaban, ya no sabían qué hacer”, repasa.

Después de batir un record de cincuenta y cinco años en la Corte, en febrero último Manfredi decidió tomarse la jubilación en serio para disfrutar de su vida en pareja con Velia, un amor platónico de la adolescencia con quien se reencontró en el barrio. En uno de sus actos íntimos de despedida, Manfredi fue a colgar en cámara lenta la llave de la oficina de Boggiano. Se llevó toda una historia consigo y una frase sellada a fuego que le repitieron todos sus patrones: “Manfredi, usted acá no escuchó nada”.







Germán Abdala

El que abrió un camino

POR FERNANDO CIBEIRA


RAFAEL CALVIÑO

Abrió un espacio, un camino. Otros lo acompañaron y luego lo siguieron. Podría decirse que con los años terminaron cambiando el escenario político del país. Porque lo que hizo Germán Abdala fue aunar la lucha por un nuevo tipo de sindicalismo, muy lejos de las "gordas" burocracias, y una tarea política enrolada en un naciente peronismo progresista, con la honestidad como estandarte. Y fue coherente hasta sus últimos días. El Frente Grande y el Frepaso tomaron aquel discurso del que hoy, en buena medida, el propio Néstor Kirchner dice sentirse un continuador.

"Mire, Abdala, la posición suya corresponde a otra época", le decía un relamido Mariano Grondona en 1986, en un *Tiempo Nuevo* rescatado en el documental sobre Abdala que el año pasado emitió Canal 7. En el programa del inefable dúo comenzaba a cocinarse la fiebre neoliberal que azotaría al país, con el credo privatizador como remedio para todos los males. Abdala, ya por entonces secretario general de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) porteña, intentaba explicarles los graves problemas que acarrearían esas políticas. Con lenguaje sencillo desarrollaba sus convicciones elaboradas en base a lecturas de Arturo Jauretche y John William Cooke y la joven militancia en el peronismo de los '70 en la agrupación Amado Olmos, relacionada con el sindicalismo de la CGT de los Argentinos. Para Mariano y Bernardo, claro, historia pasada. En la clandestinidad de la dictadura, Abdala había fundado junto a su compañero de lucha, Víctor De Gennaro, la agrupación con la que luego llegarían a la conducción de ATE. Desde allí llegó, en 1989, a las listas del PJ por las que fue electo diputado. Un año después encabezó la gran ruptura interna al conformar el Grupo de los Ocho, con Carlos "Chacho" Alvarez y Darío Alessandro, entre otros, como punta de lanza contra la avanzada menemista. Desde el Congreso, fue un obstinado opositor a la oleada privatizadora. "Acá la disyuntiva no es estatizar o privatizar, sino encontrar un proyecto político y económico para que este Estado sirva", dijo entonces, en una declaración que hoy suscribiría toda la clase política argentina, pero que 15 años atrás parecía anacrónica.

Ya por entonces su enfermedad estaba avanzada. En una intervención por una lesión de fútbol se le había detectado un extraño tipo de cáncer en la columna vertebral. Debió soportar 26 operaciones y largos períodos de postración. El derrotero, que a cualquiera hubiera hecho bajar los brazos, a Abdala no hizo más que fortalecerlo en la tarea que se había propuesto. En 1991, abandonó la internación en Estados Unidos para participar, en silla de ruedas, del plenario que fundó la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). "Seguimos creyendo, pese a todo, que hay un camino para construir", dijo, ovacionado, en uno de sus últimos discursos.

En 1992, en un reportaje a **Página/12**, sostuvo: "El peronismo que intentamos expresar es ya sólo un dato histórico, como puede ser cuando nos referenciamos en San Martín, Artigas, el Chacho Peñaloza, Yrigoyen, Evita y Perón. Hay que construir una nueva alternativa popular. Un nuevo partido o frente que rompa con el bipartidismo. ¿Cómo hacerlo? Con diversos sectores políticos y organizaciones sociales". ¿Estaría hablando del Frente Grande que se crearía un año después, o del posterior Frepaso, o tal vez de la actual Concertación K?

Su compañera Marcela Bordenave fue testigo de su último suspiro en el Hospital Italiano. Era julio de 1993, Abdala pesaba 35 kilos y había quedado ciego. Tenía apenas 38 años y dejaba un espacio vacío entre los referentes sociales del país. Inmerso en la vorágine del día a día, **Página/12** dedicó su tapa a un proyecto de Mauricio Macri por comprar el club Deportivo Español que hoy nadie recuerda. Abajo se podía leer, pequeño, un recuadro que daba cuenta de la muerte de Abdala y de la columna *El mejor de nosotros*, que le dedicó Chacho Alvarez. "Fue quien mejor advirtió a la sociedad sobre las escandalosas privatizaciones de Entel y Aerolíneas Argentinas, y también fue el primero que reconoció lúcidamente el fin del peronismo como instrumento para seguir transformando la realidad en sentido progresista", admitía allí Chacho. Como prueba de su convicción a prueba de balas y de su sentido del humor, valga la anécdota final que cuenta De Gennaro en el documental: "Quiero que me prometas que no va a haber velorio –le pidió–, llega a aparecer una corona de Menem y me muero".

Los vándalos

POR SERGIO KIERNAN

La gorda arrancó del kiosco por Chacabuco y dobló para abajo, por Estados Unidos, con su hija también gorda en órbita. Parecían Hansel y Gretel en un día de calor porteño, de batón y dejando un rastro por si se perdían: primero el plástico del heladito, luego el papelito metálico de la tapa del cucurucho, luego el largo papel multicolor que lo cubría. Gorda y gordita iban sacando todo el envoltorio casi en simultáneo y cada pieza volaba por el aire y caía en la vereda. En los ojos de la gorda no había el menor registro y en el de la nena había la tranquilidad que tienen los chicos cuando simplemente hacen lo mismo que los padres.

Las dos fueron bajando entre algunos de los edificios estupendos que se alzan por San Telmo, entre pintadas estúpidas, incomprensibles, que no dicen nada, y entraron a un edificio viejo. Justo arriba de la puerta alguien, hace muchos años, se había ocupado de poner una escultura, la cara hermosa de una mujer. Y alguien, hace no tantos años, se había divertido martillándole la nariz. Un chiquilín, sentado medio afuera de una ventana del primer piso, miraba aburrido la calle, las gordas, la máscara vandalizada.

El vandalismo es entendible si se lo piensa como una consecuencia secundaria de la alienación. Si una persona es tratada como descartable, ínfima en valor, termina tratando toda su realidad de esa manera, como algo que no vale nada. Todo es rompible porque nada le pertenece. El es nada, por lo que lo rodea es evidentemente nada.

Entendible pero estéril. ¿Cómo se sale de la alienación? Mientras esperamos por los sueños épicos de los políticos –la liberación nacional, etc.–, conviene tomar el rábano por la hojas y plantear que si una persona rompe todo porque siente que no vale nada, puede empezar a valer algo porque cuida algo. Los adictos, que se dedican a romperse el cuerpo, a veces aprenden a cuidarse cuando terminan a cargo de, por ejemplo, un gatito o una huerta. Valorizan una vidita, valorizan eventualmente la propia.

Y también está el tema de que el vandalismo es una forma sorda de violencia, una piña de baja intensidad. Todo espacio público que se inaugure y no tenga rejas o custodia es inmediatamente vandalizado. Todo acto público deja un tendal de pintadas perfectamente inútiles excepto en la cabeza del que las hace, que piensa que el salario mínimo aumentará por estropear una pared. Todo hueco o rincón de vagones, colectivos o veredas que no esté observado será raspado, cortado, pisoteado, ensuciado por deporte. Vivimos en una ciudad que en partes parece lijada, gastada a propósito. Luego nos preguntamos por qué hay tanta tensión en nuestra sociedad.

Y el que piense que es un tema apenas de pobreza, que se dé una vuelta por Santa Rosa, una ciudad boba que asombra por su cuidado y que no nada exactamente en euros. Debe ser que por allá descubrieron algo sobre calidad de vida. O sobre castigos.

Fabián Henry

La contracara de Blumberg

POR RAUL DELLATORRE



En San Pablo, una impresionante ola de violencia desatada como reacción a una no menos impresionante cantidad de irregularidades en las cárceles es reprimida mientras "la gente de bien" pide mano dura. En Buenos Aires, cuando los titulares de los diarios se regodeaban con la "ola de secuestros" –hoy desaparecidos de las páginas policiales pero no de la realidad diaria–, el padre de una víctima se erige en paladín de las clases medias altas. Desesperadas por la falta de seguridad, claman por mano dura, vía libre para el gatillo fácil y represión al sospechoso, por las dudas. En medio de la batalla, en la que la pobreza pasó a ser el mayor delito, un condenado que sumó quince años de prisión por diversas causas acumuladas libra, en solitario, la pelea más difícil, más desigual: rehabilitarse, reinsertarse en la sociedad, "recuperar la vida plena en comunidad", dirá él mismo. Y ayudar a otros "a salir". El arte, la pintura y la actuación son su instrumento. Fabián Henry, así se llama, ya puso en marcha la fantástica maquinaria que se engrana en su cabeza. Mientras otros claman por penas de muerte, él busca devolverles la vida a miles de prisioneros que hoy sienten que enfrentan una opción única y urgente: matar o morir.

Artistas entre Rejas es un proyecto que nació por iniciativa de Henry cuando cumplía condena en la Unidad Penal 4, de Concepción del Uruguay. Su acercamiento a la pintura apareció como tercera opción cuando su destino se jugaba entre el suicidio y la fuga, quizá con el mismo final. De la mano del taller de pintura, de sus cuadros, de un pasaje más llevadero hasta su actual libertad, literalmente se rescató. Y hoy intenta hacer lo mismo con otros. Ya incorporó a unos 35 reclusos a su programa AER, que del 22 al 30 de junio expondrán sus obras en el Salón José Luis Cabezas del Congreso de la Nación. Los coordinadores de la muestra, tres detenidos: Moira Gutiérrez (Unidad Penal 3 de Ezeiza), Roberto Carlos Ortiz (cumpliendo condena de 11 años) y el "más famoso", Daniel Alberto Cabrera, alias "Tractorcito", protagonista de una cinematográfica fuga del Departamento Central de Policía y varios delitos "pesados", con una condena de 33 años.

Fabián Henry no proviene de una familia pobre, pero pasó a ser "víctima" a los 14 o 15 años, con el consumo de drogas que lo llevó de adicto a ser condenado por "tenencia con fines de comercialización", sólo como el comienzo de un penoso tránsito al infierno. Cuando al fin logró emerger, empezó a ver a los habitantes de los pabellones carcelarios con otros ojos. "Cuando caés, el Estado te da las consignas para vivir en la cárcel: matás o morís, sometés o sos un sometido. Nadie va a hacer nada por tu rehabilitación. En vez de correccionales son campos de concentración. ¿Y qué concentran? Desocupados, drogadictos. Si sos pobre, si sos cartonero, ya sos un delincuente. El delincuente de hoy no es el de hace 50 años, y los factores por los que delinque, tampoco." El otro factor de sometimiento carcelario, asegura Henry, es la droga. "Las pastillas, los psicotrópicos, son moneda corriente en las cárceles. Y el 'paco', que es más destructiva, más adictiva y más barata. Una porquería", se indigna.

Con trabajo de hormiga, individuo por individuo, Fabián recorre los penales y matea con los presos que ayer eran sus compañeros para integrarlos a sus programas de rehabilitación. "Es un proyecto hecho desde la necesidad. ¿Quién no necesita ser acompañado? ¿Sabés por qué el que sale reincide? Porque no tiene proyecto de vida, porque cuando salís necesitás un ámbito sano. Si el sistema carcelario no se ocupa, entonces se convierte en una fábrica de delincuentes. El nuestro es un proyecto para llegar a las causas de la inseguridad y combatirlas desde ahí, atendiendo las necesidades del delincuente que primero es víctima. ¿Sabés cuáles son las causas principales de la delincuencia? La ignorancia, la desocupación y el hambre. Pretendemos combatir el delito con educación y trabajo, empezando por los que ya cayeron, los que están presos, viendo cada caso, cada historia y hacer el diagnóstico, sin importar hasta dónde llegó. El coraje está en meterse con todos los casos, sin distinción", dispara así, casi de corrido, Fabián Henry, hoy asesor de Rafael Bielsa en Diputados. Con un discurso urgente, apasionado, reteniendo las lágrimas y esquivando el quiebre de voz.

Al programa Artistas entre Rejas, ya en marcha, le seguirá el Plan Hombre, implementado a partir de la idea de comunidades terapéuticas que en Europa funcionan para adictos. Las casas-talleres pretenderán ser el ámbito de resocialización para quienes empiecen con las salidas provisorias mientras cumplen la condena. Rehabilitación y reinserción a partir del trabajo y la educación. El proyecto está. Falta que "los encargados de velar por la seguridad lo tengan en cuenta".

"El punto inicial es que el preso sienta espiritualmente la necesidad de ser una persona mejor, que acepte la ayuda. Y que tenga el deseo de devolverle a la sociedad una contribución positiva, no simplemente pagar su deuda con la condena. Ese aporte es disminuir la inseguridad, lograr que los presos no salgan de la cárcel para volver a robar, y contagiar a otros con esa misma inquietud. Si no lo hacemos hoy, intentando con todos, en unos años acá tenemos otro San Pablo", avisa Henry. Con quince años "adentro" y muchos más de estudio del tema, siente que tiene más autoridad que nadie para saber de qué habla. Y sigue adelante, con una voluntad de hierro. Mañana lo espera en Ezeiza, para compartir unos mates, "Tractorcito" Cabrera, a quien le seguirá contando este sueño que le quiere hacer compartir.

Fabián Henry

La contracara de Blumberg

POR RAUL DELLATORRE

En San Pablo, una impresionante ola de violencia desatada como reacción a una no menos impresionante cantidad de irregularidades en las cárceles es reprimida mientras “la gente de bien” pide mano dura. En Buenos Aires, cuando los titulares de los diarios se regodeaban con la “ola de secuestros” –hoy desaparecidos de las páginas policiales pero no de la realidad diaria–, el padre de una víctima se erige en paladín de las clases medias altas. Desesperadas por la falta de seguridad, claman por mano dura, vía libre para el gatillo fácil y represión al sospechoso, por las dudas. En medio de la batalla, en la que la pobreza pasó a ser el mayor delito, un condenado que sumó quince años de prisión por diversas causas acumuladas libra, en solitario, la pelea más difícil, más desigual: rehabilitarse, reinsertarse en la sociedad, “recuperar la vida plena en comunidad”, dirá él mismo. Y ayudar a otros “a salir”. El arte, la pintura y la actuación son su instrumento. Fabián Henry, así se llama, ya puso en marcha la fantástica maquinaria que se engrana en su cabeza. Mientras otros claman por penas de muerte, él busca devolverles la vida a miles de prisioneros que hoy sienten que enfrentan una opción única y urgente: matar o morir.

Artistas entre Rejas es un proyecto que nació por iniciativa de Henry cuando cumplía condena en la Unidad Penal 4, de Concepción del Uruguay. Su acercamiento a la pintura apareció como tercera opción cuando su destino se jugaba entre el suicidio y la fuga, quizá con el mismo final. De la mano del taller de pintura, de sus cuadros, de un pasaje más llevadero hasta su actual libertad, literalmente se rescató. Y hoy intenta hacer lo mismo con otros. Ya incorporó a unos 35 reclusos a su programa AER, que del 22 al 30 de junio expondrán sus obras en el Salón José Luis Cabezas del Congreso de la Nación. Los coordinadores de la muestra, tres detenidos: Moira Gutiérrez (Unidad Penal 3 de Ezeiza), Roberto Carlos Ortiz (cumpliendo condena de 11 años) y el “más famoso”, Daniel Alberto Cabrera, alias “Tractorcito”, protagonista de una cinematográfica fuga del Departamento Central de Policía y varios delitos “pesados”, con una condena de 33 años.

Fabián Henry no proviene de una familia pobre, pero pasó a ser “víctima” a los 14 o 15 años, con el consumo de drogas que lo llevó de adicto a ser condenado por “tenencia con fines de comercialización”, sólo como el comienzo de un penoso tránsito al infierno. Cuando al fin logró emerger, empezó a ver a los habitantes de los pabellones carcelarios con otros ojos. “Cuando caés, el Estado te da las consignas para vivir en la cárcel: matás o morís, sometés o sos un sometido. Nadie va a hacer nada por tu rehabilitación. En vez de correccionales son campos de concentración. ¿Y qué concentran? Desocupados, drogadictos. Si sos pobre, si sos cartonero, ya sos un delincuente. El delincuente de hoy no es el de hace 50 años, y los factores por los que delinque, tampoco.” El otro factor de sometimiento carcelario, asegura Henry, es la droga. “Las pastillas, los psicotrópicos, son moneda corriente en las cárceles. Y el ‘paco’, que es más destructiva, más adictiva y más barata. Una porquería”, se indigna.

Con trabajo de hormiga, individuo por individuo, Fabián recorre los penales y matea con los presos que ayer eran sus compañeros para integrarlos a sus programas de rehabilitación. “Es un proyecto hecho desde la necesidad. ¿Quién no necesita ser acompañado? ¿Sabés por qué el que sale reincide? Porque no tiene proyecto de vida, porque cuando salís necesitás un ámbito sano. Si el sistema carcelario no se ocupa, entonces se convierte en una fábrica de delincuentes. El nuestro es un proyecto para llegar a las causas de la inseguridad y combatirlas desde ahí, atendiendo las necesidades del delincuente que primero es víctima. ¿Sabés cuáles son las causas principales de la delincuencia? La ignorancia, la desocupación y el hambre. Pretendemos combatir el delito con educación y trabajo, empezando por los que ya cayeron, los que están presos, viendo cada caso, cada historia y hacer el diagnóstico, sin importar hasta dónde llegó. El coraje está en meterse con todos los casos, sin distinción”, dispara así, casi de corrido, Fabián Henry, hoy asesor de Rafael Bielsa en Diputados. Con un discurso urgente, apasionado, reteniendo las lágrimas y esquivando el quiebre de voz.

Al programa Artistas entre Rejas, ya en marcha, le seguirá el Plan Hombre, implementado a partir de la idea de comunidades terapéuticas que en Europa funcionan para adictos. Las casas-talleres pretenderán ser el ámbito de resocialización para quienes empiecen con las salidas provisorias mientras cumplen la condena. Rehabilitación y reinserción a partir del trabajo y la educación. El proyecto está. Falta que “los encargados de velar por la seguridad lo tengan en cuenta”.

“El punto inicial es que el preso sienta espiritualmente la necesidad de ser una persona mejor, que acepte la ayuda. Y que tenga el deseo de devolverle a la sociedad una contribución positiva, no simplemente pagar su deuda con la condena. Ese aporte es disminuir la inseguridad, lograr que los presos no salgan de la cárcel para volver a robar, y contagiar a otros con esa misma inquietud. Si no lo hacemos hoy, intentando con todos, en unos años acá tenemos otro San Pablo”, avisa Henry. Con quince años “adentro” y muchos más de estudio del tema, siente que tiene más autoridad que nadie para saber de qué habla. Y sigue adelante, con una voluntad de hierro. Mañana lo espera en Ezeiza, para compartir unos mates, “Tractorcito” Cabrera, a quien le seguirá contando este sueño que le quiere hacer compartir.

Julio H. G. Olivera

Economista, para el Nobel

POR ALFREDO ZAIAT

Como escribió el profesor M. Fernández López en uno de sus brillantes artículos publicados en *El Baúl de Manuel*, en el suplemento económico de este diario, *Cash*, en la ciencia económica, unos tipos llamados “economistas” estudian e interpretan la “realidad económica” a través de ciertos esquemas o fórmulas. También ilustró con un chiste la tarea del economista: naufragan un químico, un físico y un economista, y rescatan latas de conservas. ¿Cómo abrirlas? Cada cual sugiere procedimientos conformes a su profesión. El economista propone: “supongamos que existe un abrelatas”. De esa forma se exagera la tendencia del economista a dar por existente algo sin antes demostrar su existencia. M. Fernández López explica que la ciencia económica se convierte así en un conjunto de sistemas hipotético-deductivos. Esquemas de razonamientos que parten de ciertos axiomas o supuestos, operan sobre ellos con la matemática y obtienen enunciados que pueden compararse con los hechos reales.

Con ese tipo de análisis se enfrenta la mayoría cuando escucha y lee a economistas en los medios masivos de comunicación. En cambio, la ciencia económica y muchos profesionales que la estudiaron y estudian tiene otra concepción. Julio H. G. Olivera, el personaje elegido para la propuesta de este número aniversario, rechaza la idea de la ciencia económica como un modelo predictivo, al sostener su carácter hermenéutico o explicativo. “Es una ciencia de la interpretación, que no es un mera hipótesis ni un modelo descriptivo o predictivo, sino un modo de traducir la realidad y de hacerla inteligible”, postula.

Olivera es uno de los economistas más respetados en el mundo académico. En la Facultad de Ciencias Económicas adquiere figura de prócer, no por veneración sino por el inmenso respeto intelectual que le tributan todos sus colegas. Puede ser por su personalidad introvertida y seria, puede ser por su extrema rigurosidad en la exposición de contenidos, es una figura desconocida para la mayoría que, justamente, consume con afición temas económicos con el insondable objetivo de saber qué va a pasar. En cambio, no lo es para aquellos que lo consideran una de las mentes más brillantes en el área económica a nivel mundial, con aportes originales para el desarrollo de esa ciencia. Ese lugar se pone en evidencia en el reconocimiento de ser nombrado en cuatro oportunidades (1970, 1971, 1973 y 1978) como miembro del grupo internacional de economistas elegido por la Academia Real de Suecia para proponer candidatos al Premio Nobel de Economía. También él fue propuesto en dos ocasiones para el Nobel: en 2000 y en el 2004.

Próximo a cumplir 77 años, fue premio Konex de Platino como “máximo exponente de su categoría: Teoría Económica”, en 1986; y fue rector de la Universidad de Buenos Aires en el período dorado de 1962-1965. Fue pre-sidente en dos oportunidades de la Academia Nacional de Ciencias Económicas (1989-1991 y 2001-2003). Ahora es presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Se recibió de abogado, en 1951, con calificación de sobresaliente en todas las asignaturas. Es uno de los científicos más importantes con que cuenta el país en la actualidad. En 1972, el premio Nobel Sir John Hicks lo elogió al sostener que coincidía con sus teorías sobre inflación: “Estoy en esto enteramente de acuerdo con el doctor Olivera, cuyos artículos sobre este asunto he estado leyendo con muy alto interés y aprobación”.

Los aportes de Julio H. G. Olivera son muchos y valiosos. Uno de los más recientes se refiere a la vinculación de la educación y la economía. En el acto de apertura del seminario organizado por el Plan Fénix (FCE-UBA), en agosto del año pasado, afirmó que “existe un núcleo sobre el cual concurren sin excepción las escuelas de pensamiento económico antiguas y modernas, un punto fijo en el oleaje de las opiniones y doctrinas económicas: es la importancia crucial de la educación como base y fuerza motriz del crecimiento económico”. También ilustró con los siguientes conceptos:



JORGE LARROSA

- “Educar es enriquecer, pero también es civilizar y moralizar”.
- “Aun en el campo estrictamente económico es necesario distinguir entre los fenómenos de crecimiento, desarrollo y progreso. Un país puede crecer sin desarrollarse, y puede crecer y desarrollarse sin progresar”.
- “Es innegable que el mercado forma y educa mercaderes. No simplemente comerciantes sino mercaderes: personas animadas por una visión mercantil del mundo y de la vida, siempre dispuestas, como decía Baltasar Gracián, a *hacer negocios del no-negocio*”.
- “Al sistema educativo incumbe la ardua pero necesaria misión de prevenir tales deformaciones, preservando y fortaleciendo la personalidad ética”.
- “¿Queréis elevar la tasa de crecimiento económico en forma persistente? Promoved la educación. ¿Deseáis que el crecimiento económico se traduzca por un desarrollo económico duradero? Promoved la educación. ¿Anheláis que el desarrollo económico traiga progreso y bienestar para todos? Promoved la educación.

Julio H. G. Olivera no sólo es contraejemplo de los economistas mediáticos, sino, fundamentalmente, que lo es por su ética y calidad académica y científica. Puede ser que finalmente termine siendo tapa de este diario, como también de los otros, si llegara a ganar el Nobel. Se haría justicia. Para el Premio Nobel.

Julio H. G. Olivera

Economista, para el Nobel

POR ALFREDO ZAIAT

Como escribió el profesor M. Fernández López en uno de sus brillantes artículos publicados en *El Baúl de Manuel*, en el suplemento económico de este diario, *Cash*, en la ciencia económica, unos tipos llamados "economistas" estudian e interpretan la "realidad económica" a través de ciertos esquemas o fórmulas. También ilustró con un chiste la tarea del economista: naufragan un químico, un físico y un economista, y rescatan latas de conservas. ¿Cómo abrirlas? Cada cual sugiere procedimientos conformes a su profesión. El economista propone: "supongamos que existe un abrelatas". De esa forma se exagera la tendencia del economista a dar por existente algo sin antes demostrar su existencia. M. Fernández López explica que la ciencia económica se convierte así en un conjunto de sistemas hipotético-deductivos. Esquemas de razonamientos que parten de ciertos axiomas o supuestos, operan sobre ellos con la matemática y obtienen enunciados que pueden compararse con los hechos reales.

Con ese tipo de análisis se enfrenta la mayoría cuando escucha y lee a economistas en los medios masivos de comunicación. En cambio, la ciencia económica y muchos profesionales que la estudiaron y estudian tiene otra concepción. Julio H. G. Olivera, el personaje elegido para la propuesta de este número aniversario, rechaza la idea de la ciencia económica como un modelo predictivo, al sostener su carácter hermenéutico o explicativo. "Es una ciencia de la interpretación, que no es un mera hipótesis ni un modelo descriptivo o predictivo, sino un modo de traducir la realidad y de hacerla inteligible", postula.

Olivera es uno de los economistas más respetados en el mundo académico. En la Facultad de Ciencias Económicas adquiere figura de prócer, no por veneración sino por el inmenso respeto intelectual que le tributan todos sus colegas. Puede ser por su personalidad introvertida y seria, puede ser por su extrema rigurosidad en la exposición de contenidos, es una figura desconocida para la mayoría que, justamente, consume con afición temas económicos con el insondable objetivo de saber qué va a pasar. En cambio, no lo es para aquellos que lo consideran una de las mentes más brillantes en el área económica a nivel mundial, con aportes originales para el desarrollo de esa ciencia. Ese lugar se pone en evidencia en el reconocimiento de ser nombrado en cuatro oportunidades (1970, 1971, 1973 y 1978) como miembro del grupo internacional de economistas elegido por la Academia Real de Suecia para proponer candidatos al Premio Nobel de Economía. También él fue propuesto en dos ocasiones para el Nobel: en 2000 y en el 2004.

Próximo a cumplir 77 años, fue premio Konex de Platino como "máximo exponente de su categoría: Teoría Económica", en 1986; y fue rector de la Universidad de Buenos Aires en el período dorado de 1962-1965. Fue pre-sidente en dos oportunidades de la Academia Nacional de Ciencias Económicas (1989-1991 y 2001-2003). Ahora es presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Se recibió de abogado, en 1951, con calificación de sobresaliente en todas las asignaturas. Es uno de los científicos más importantes con que cuenta el país en la actualidad. En 1972, el premio Nobel Sir John Hicks lo elogió al sostener que coincidía con sus teorías sobre inflación: "Estoy en esto enteramente de acuerdo con el doctor Olivera, cuyos artículos sobre este asunto he estado leyendo con muy alto interés y aprobación".

Los aportes de Julio H. G. Olivera son muchos y valiosos. Uno de los más recientes se refiere a la vinculación de la educación y la economía. En el acto de apertura del seminario organizado por el Plan Fénix (FCE-UBA), en agosto del año pasado, afirmó que "existe un núcleo sobre el cual concurren sin excepción las escuelas de pensamiento económico antiguas y modernas, un punto fijo en el oleaje de las opiniones y doctrinas económicas: es la importancia crucial de la educación como base y fuerza motriz del crecimiento económico". También ilustró con los siguientes conceptos:



JORGE LARROSA

"Educar es enriquecer, pero también es civilizar y moralizar".

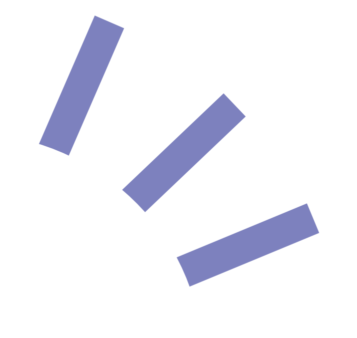
"Aun en el campo estrictamente económico es necesario distinguir entre los fenómenos de crecimiento, desarrollo y progreso. Un país puede crecer sin desarrollarse, y puede crecer y desarrollarse sin progresar".

"Es innegable que el mercado forma y educa mercaderes. No simplemente comerciantes sino mercaderes: personas animadas por una visión mercantil del mundo y de la vida, siempre dispuestas, como decía Baltasar Gracián, a *hacer negocios del no-negocio*".

"Al sistema educativo incumbe la ardua pero necesaria misión de prevenir tales deformaciones, preservando y fortaleciendo la personalidad ética".

"¿Queréis elevar la tasa de crecimiento económico en forma persistente? Promoved la educación. ¿Deseáis que el crecimiento económico se traduzca por un desarrollo económico duradero? Promoved la educación. ¿Anheláis que el desarrollo económico traiga progreso y bienestar para todos? Promoved la educación.

Julio H. G. Olivera no sólo es contraejemplo de los economistas mediáticos, sino, fundamentalmente, que lo es por su ética y calidad académica y científica. Puede ser que finalmente termine siendo tapa de este diario, como también de los otros, si llegara a ganar el Nobel. Se haría justicia. Para el Premio Nobel.



Raúl Laguzzi

La indemnización

POR ANDRES OSOJNIK

LEANDRO GARCIA



El no acepta que el fotógrafo le tome unas tomas. Su esposa llega y también pide que no, que ya bastantes fotos les sacaron en sus vidas. Que las fotos y las cámaras están asociadas a sus momentos más terribles y que, a pesar de que pasaron más de 30 años, esas cosas nunca se pueden superar. El fotógrafo se resigna. El arranca con su historia.

Raúl Laguzzi es bioquímico, pero siempre se dedicó a la investigación en neurobiología. En el '73 accedió a un puesto de profesor adjunto en la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la UBA. Nunca integró un partido político, pero la turbulencia de la época lo llevó naturalmente a la militancia universitaria. El rector, Rodolfo Puiggrós, lo convirtió en decano.

–Yo nunca quise ser dirigente, ni meterme en un partido, pero como persona no podía quedar al margen. Tenía que ponerme de un lado. Yo estaba por tener un hijo y sabía que tenía que hacer eso para poder mirarlo a la cara.

Eso era optar políticamente. Lo hizo por la Juventud Peronista, sin enrolarse en sus filas, aclara una y otra vez. A Puiggrós, que renunció entre fuertes presiones, lo sucedió en el rectorado Vicente Solano Lima. En julio de 1974 murió Perón y unas semanas después el ministro Jorge Taiana llamó a Laguzzi: en medio de la convulsión política y a los 33 años, se había transformado en rector normalizador de la UBA. La Triple A ya se había desatado y el primero que cayó bajo sus ametralladoras fue Rodolfo Ortega Peña, el 31 de julio de 1974. Al día siguiente, Laguzzi atendió el teléfono en su despacho de la Universidad:

–¿Vio lo que le pasó a Ortega Peña? El próximo es usted.

"Tuve la sensación de que lo que decía era cierto –recuerda–. Hice pública la amenaza y el jefe de Policía puso custodia en mi casa." A los días, el policía de consigna subía a charlar amistosamente al departamento de los Laguzzi en Senillosa y Guayaquil, en el barrio de Caballito. Tiempo después, el matrimonio comprendería que estaba haciendo inteligencia.

Era la madrugada del sábado 7 de septiembre cuando sonó el timbre.

Fue un aviso macabro. Pocos segundos después, estallaba una bomba. "Los últimos dos pisos de los ocho que tenía el edificio desaparecieron –cuenta Laguzzi–. Se hizo un hueco enorme y empezamos a caer. A mi esposa, Elsa, y a mí nos paró una viga. A nuestro hijo, no. Terminó en la planta baja. Tenía seis meses." Fue el primer ataque de las tres A a una familia. El matrimonio empezaba a asociar las cámaras de los periodistas con el horror. La muerte del bebé provocó un impacto social y político sin precedentes. Laguzzi se sintió más comprometido.

–No es el momento de renunciar –se dijo. Elsa Repetto, su esposa, se escondió en la provincia y él siguió al frente de la Universidad.

No pasó mucho tiempo hasta que la banda de López Rega hiciera pública su lista de condenas a muerte. En primer lugar figuraba Cámpora. En el segundo, Laguzzi. "Nunca supe por qué. Yo estaba cerca de la JP, pero no pertenecía orgánicamente. Siempre me extrañó que mi nombre tuviera tanta importancia para ellos." Con la caída de Taiana, Oscar Ivanissevich sellaba el viraje a la extrema derecha. Laguzzi pidió entrevistarse con el nuevo ministro. Nunca lo consiguió. El 17 de septiembre, mientras organizaba un plebiscito universitario, el Ejército y los parapoliciales rodearon la Universidad. Logró escaparse. La UBA caía en las manos fascistas de Alberto Ottalagano. Laguzzi seguía siendo noticia, ahora porque estaba escondido. "Ninguna estructura nos cubrió, sólo los amigos –cuenta, treinta y dos años después–. No estaba seguro de irme del país, pero Puiggrós se había exiliado en México y entonces con mi esposa decidimos tomar el mismo camino."

Entraron a la sede diplomática de México con el embajador, tirados en el piso de su auto. El presidente

de ese país ofreció protegerlos, pese a que el gobierno argentino negaba que estuvieran perseguidos. El viaje de la embajada de México a Ezeiza fue interminable. El auto diplomático era seguido por policías, parapoliciales y, una vez más, por fotógrafos. Los Laguzzi lograron abordar el avión con vida. No era poco.

–México nos recibió con todos los honores –relata–. El presidente Echeverría, el ministro de Educación, los rectores de las universidades. Nuestra llegaba fue un acontecimiento político en ese país, que empezaba a enterarse de lo que sucedía en la Argentina.

México les salvó la vida, pero de nuevo los transformó en noticia. De nuevo les tomó fotos y los filmó para la televisión. Una vez instalados, se sumaron a la creación de la Universidad Autónoma Metropolitana. La turbulencia política fue dando paso a la tarea científica. A fines del '76, Elsa fue becada en Francia y Raúl siguió también allí su carrera como investigador.

–Fue muy bueno, porque llegamos a París y no nos estaba esperando ningún fotógrafo –ironiza Elsa. Ahora, él es director de Investigaciones de un organismo equivalente al Conicet argentino y ella es doctora en semiótica literaria y formadora de docentes en la Alianza Francesa. En el '84 tuvieron una hija, María Laura.

Doce años después del exilio, Elsa se animó a volver al país. Pero la fecha resultó poco oportuna: Semana Santa del '87. "No podíamos creer lo que vivíamos –se ríe ahora–. Rico comandaba su rebelión carapintada y todos hablaban de que se venía un golpe. Nos fuimos." En esos años fue creciendo en el matrimonio la necesidad de reclamar una reparación. "Que fuera política, más que económica –aclara–. Se hablaba mucho de la represión durante la dictadura, pero los muertos de antes del '76 eran muertos de nadie. Y queríamos que se reconociera que hubo terrorismo antes del golpe."

Unos abogados amigos presentaron la demanda. La causa tramitó varios años y en 2004 el juez falló a favor: sentenció que el Estado era responsable de la muerte de Pablo Gustavo Laguzzi y ordenó pagar a sus padres la cifra de cien mil euros. "Fue muy impactante, porque por primera vez se reconocía el asesinato de nuestro hijo –reflexionan a dúo Elsa y Raúl–. En cuanto al dinero, ya lo teníamos decidido. Todos los fondos iban a ser destinados a los chicos que sufren esa otra forma de terrorismo que es la miseria. Como herederos de nuestro hijo no consideramos que ese dinero sea nuestro."

Elsa Repetto y Raúl Laguzzi trazaron un plan: recorrer el país para entregar el dinero a organizaciones dedicadas a la infancia que sufre la indigencia: hogares, comedores, escuelas. Desde entonces, una vez por año viajan a la Argentina, se suben al auto y se ponen en marcha. Ya estuvieron en Santiago, Jujuy, Río Negro, Neuquén, Mendoza, Misiones y la ciudad y la provincia de Buenos Aires, entre otros.

"En Misiones –relata Laguzzi– le llevamos ayuda a una monjita amiga de las secuestradas por Astiz que puso un hogar para chicos y les da de comer. En La Aurora, a 50 kilómetros de Santiago, una escuela en la que hicimos una donación se puso como nombre 'Colegio Pablo Gustavo Laguzzi. Por los Derechos del Niño'." En Liniers, en La Casona de los Barriletes, que alberga a adolescentes en riesgo social, donaron los elementos para instalar una carpintería. El taller se llama "Pablo Laguzzi". Como en todos los otros casos, Elsa y Pablo fueron a ver a los chicos.

–¿En Francia hay pobres? –fue la primera pregunta de ellos.

–¿Y hay gente que les ayuda? –fue la duda posterior.

Elsa y Raúl cuentan que "el año que viene vamos a visitar las instituciones del Litoral. Tenemos que llegar hasta Misiones. Hemos tocado casi todo el país y ya nos queda muy poco dinero." Y aclaran, insisten en aclarar: "Esto no tiene nada que ver con beneficencia. Esto es político". Sin cámaras, ni fotos. Ni siquiera para esta nota.


RAFAEL YOHAI

Cristina Lescano

Calles de cartón

POR EDUARDO VIDELA

El caso pudo haberse conocido en los primeros días de vida de este diario, pero por entonces no era noticia. Una mujer que vivía con su familia en una casa tomada perdió su trabajo y empezó a transitar las calles con sus vecinos, ocupantes ilegales y también cirujas. Por entonces no se los llamaba cartoneros y mucho menos recuperadores urbanos, denominaciones actuales menos salvajes y más correctos desde el punto de vista ambiental. Todavía no había salido a recorrer las calles ese ejército de desocupados que en 2001 se lanzó en busca del pan de cada día entre lo que descartaban los vecinos de la ciudad.

Cristina Lescano –personaje de esta historia– es antes que nada una sobreviviente, pero de las que no se aferró sola a la tabla de salvación: con algunos de sus compañeros de la calle, con vecinos de las casas tomadas, armó una cooperativa de trabajo.

Esa fue la herramienta con la que Cristina logró adelantarse a las decisiones políticas, por un lado, y a las consignas de los ecologistas, por otro. Al igual que todos los cartoneros, vive (o sobrevive) de la recolección, pero además recupera materiales que ya no irán a contaminar el suelo. ¿Qué aspectos la diferencian entonces de sus colegas? Que les ha ido enseñando, uno a uno, primero a sus compañeros, luego a los vecinos, cómo tratar con los desperdicios. A sus colegas, obligándolos a usar guantes y a no abrir bolsas de basura en la calle, entre otras cosas. A los vecinos, a separar en lugares diferentes los distintos materiales para reciclar.

Lo que en los países desarrollados ya venían haciendo las empresas de higiene ambiental, acá quedó en manos del último eslabón de la escala social, los que habían perdido todo, o casi todo. “Lo primero fue la pelea por saber de quién era la basura que estaba tirada en la calle. Nos metían presos porque decían que nos robábamos aquello que era de las empresas recolectoras”, recuerda Cristina. Hubo que sancionar una ley para que les permitieran hacer su trabajo en las calles de la ciudad.

Hace ya diez años que la cooperativa El Ceibo, presidida por Cristina, empezó a tocar el timbre de los vecinos de Palermo, primero con una campaña de concientización y luego con la recolección diferenciada. Su equipo de cuarenta cartoneros es una cuadrilla atípica: visten uniforme y no transportan los enormes carros o changos, que suelen usar los demás, sino que llevan los materiales hasta una camioneta, que los recoge. “Muchos ya tienen problemas de columna o de várices por llevar a mano esos carros tan pesados”, relata.

Algunas de esas personas con problemas de salud están trabajando ahora en la cooperativa. “Es que también somos una herramienta de contención social: tenemos con nosotros a gente que era alcohólica, a chicos que están bajo tutela judicial”, cuenta.

Consiguió del Gobierno un galpón en Retiro, donde funciona su depósito. Y la empresa Cliba montará para ellos, en poco tiempo, una planta para clasificar residuos reciclables. Eso no es todo: el modelo que pusieron en marcha es único y por eso vienen especialistas de todo el mundo para conocer la experiencia. Y algunas escuelas organizan excursiones para ver en vivo cómo es eso que los ecologistas y los gobiernos llaman “basura cero”. Ocupan así el lugar de docencia que el Estado deja vacante.

“A veces nos miran como a marcianos”, dice, no sólo en referencia a los extranjeros que los visitan sino a sus propios colegas cartoneros, a los que todavía les resulta extraño eso de la experiencia cooperativa porque el ciruja, por tradición, es un cuentapropista. Incluye entre los que los ven como bichos raros a aquellos habitantes con escasa conciencia ciudadana, los que ensucian la ciudad sin culpa alguna dejando sus desperdicios en una esquina, fuera de hora o frente a la casa del vecino.

Hace tiempo que los cartoneros son noticia, y también la cooperativa El Ceibo. Y aunque este diario la ha consultado alguna vez, es seguro que Cristina Lescano no ha ocupado el lugar que merecía en estas páginas. ¿Alguna vez será tapa?



Linda

La mamá de Mariano

POR HORACIO CECCHI

Abril, 28 del ´99. Cubría el primer día del juicio por el secuestro, torturas y muerte del estudiante platense Miguel Bru. Estaba en la escalinata de los tribunales platenses, en uno de tantos recesos. Un grupo de madres, con las imágenes de sus hijos colgadas del cuello, rodeó a los periodistas, por detrás de Rosa Schonfeld, la madre de Miguel, mostrando sus fotos y sus carteles a las cámaras. Sostenían el reclamo de justicia de Rosa. Pero también pedían por ellos, por sus hijos muertos. A Teolinda la vi por primera vez ese día. No sería el último.

–¿Tenés un momentito? –preguntaba una madre, de Chascomús, al pie de la escalinata–. A mi hijo lo mató la policía y ahora hacen aparecer que lo atropelló un tren.

Otra, de Morón, había logrado un pequeño hueco frente a las cámaras de televisión que tomaban las declaraciones a Rosa y mostraba su ansiedad por hablar. Una tercera, creo que de Pila, la localidad que se encuentra sobre ruta 2 camino a Mar del Plata, arrastraba a un hombre que parecía el padre de su hija, la de la foto, y lo animaba a que se abriera paso.

Una mujer llevaba el cartel de un chico baleado por la policía, creo que Pérez Rojas, asesinado en Quilmes; otra, por José María Biela, muerto a tiros en San Francisco Solano; por Godoy, creo que Edgardo, muerto en Gutiérrez; de Leticia Bellested, muerta en Quilmes.

Eran unas cincuenta personas que intentaban hablar por sus hijos muertos. Una marcha silenciosa, que en nada se parecía a las marchas del silencio organizadas por los familiares de María Soledad, en Catamarca. Esta era una marcha muda. Sus protagonistas buscaban justicia, pero antes buscaban poder hablar.

Entre ellos estaba Teolinda. Hasta ese momento no la conocía, pero con el correr de los años aprendería a conocerla en su insistencia, la de una madre que busca espacio para reclamar por justicia. Para el caso, Linda llevaba en su pecho una foto de su hijo, Mariano. No sé por qué nunca fue publicado el caso. Denunciaba que lo habían asesinado, era una verborragia difícil de contener, difícil de escuchar porque había tanta angustia y tanta queja que resultaba difícil saber por dónde empezar para entender. Mariano había sido asesinado el 23 de marzo del ´95, a pocas cuadras de su casa. Tenía 17 años. “Lo balearon en el pecho mientras jugaba a la pelota con unos amigos –dijo Linda–. La ambulancia del SAME no estaba equipada para emergencias. Lo cargaron como un bulto, entró al Pirovano y murió media hora después.”

Como a muchos más, a Linda la volví a encontrar en otra marcha. Volvió a la carga, relató el caso de Mariano de la A a la Z, me entregó fotocopias con la imagen de su hijo, con el relato de su muerte. Una vez más, el caso Vásquez, como el de muchos más, no fue publicado. Le expliqué que no alcanzaban las páginas, le pedí que no cejara (no hacía falta).

En una marcha de Avise, inesperadamente, volví a verla, creo que un año o dos más tarde. Linda parecía no haber cambiado desde aquel primer día: la foto de Mariano colgada de su pecho, una pila de fotocopias en las que relataba el caso, cuestionaba a la Justicia y al poder político que cerraba las puertas a los reclamos de los familiares. “Y, ¿van a publicar o no el caso de Mariano?”, me preguntó. No supe qué contestarle.

RAFAEL YOHAI

La volvía encontrar una y mil veces en una y mil marchas. Allí donde se organizaba un reclamo, allí estaba ella motorizando, acompañando, apoyando. Curiosamente, ella no encontró jamás el mismo respaldo. El 23 de marzo del año pasado se cumplieron 10 años de la muerte de Mariano. Linda organizó una marcha ante los Tribunales. La convocatoria fue amplia, tan amplia que invitó a familiares de víctimas de gatillo fácil, de accidentes de tránsito, de mala praxis, de violencia social, a los padres de Cromañón. A todos. Ese día, el frente de los Tribunales pareció un día cualquiera. Estaba ella con sus carteles.

Durante el último reclamo de los padres de Cromañón, alguien me tocó el hombro. Al darme vuelta, me encontré con la incansable Teolinda. Allí estaba, buscando por siempre en una marcha muda ese espacio que se merece para hablar como tantos.

Mirta Misetich

El valor y la piedad

POR PEDRO LIPCOVICH

La desaparición de Mirta Misetich –hace 35 años, el 13 de julio de 1971– fue la primera en la que desde el primer momento hubo pruebas de la participación de fuerzas de seguridad; fue la primera operación en la que el terrorismo de Estado puso a punto la metodología –incluyendo “zona liberada”– que habría de utilizar sistemáticamente a partir de 1976. El secuestro, en el cual fue asesinado su compañero, Juan Pablo Maestre, tuvo gran repercusión en la opinión pública y generó un alto nivel de movilización social. Hoy no son muchos quienes recuerdan aquel hecho y menos aún son los que recuerdan a Mirta Misetich: militante revolucionaria, sostuvo hasta su muerte una forma de hacer política, una forma de definir la vida, en la que se aunaban el valor y la piedad.

El 2 de julio de aquel año, en la provincia de San Juan, había sido secuestrado Marcelo Verd, junto con su esposa Sara Palacios, quienes permanecen desaparecidos. Verd pertenecía a la organización guerrillera denominada FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias). El secuestro fue efectuado por efectivos pertenecientes a fuerzas de seguridad estatales, sin que en ese momento –a diferencia de lo que sucedería con el matrimonio Maestre– pudieran verificarse pruebas de esa pertenencia.

Verd fue torturado en procura de información. Presumiblemente cumplió con lo que, en la organización a la que pertenecía y tomando como modelo al FLN de Argelia, se había considerado exigible para un militante: resistir la tortura durante las horas suficientes como para que sus compañeros pudieran ponerse a salvo. En todo caso, su declaración bajo tormento hizo posible que el 7 de julio se intentara el secuestro, en Buenos Aires, de Roberto Quieto, perteneciente a la misma organización. Esta operación fue frustrada porque la resistencia de Quieto y su esposa alertaron a un auto policial, que interceptó a los secuestradores: éstos se identificaron como policías y no tuvieron más remedio que convertir en legal la detención del militante. Faltaba el concepto de “zona liberada”.

Este concepto se puso en práctica una semana después, en Amenábar 2224, barrio de Belgrano, donde vivían los padres de Mirta Misetich. Ella y su marido ya habían pasado a la clandestinidad pero cometieron el error de esa visita familiar. Los estaban esperando. A Juan Pablo, cuando intentó huir, le pegaron dos balazos; a Mirta la capturaron ilesa. Se los llevaron en dos autos. Al rato, en respuesta a denuncias de los vecinos, llegaron dos patrulleros de la seccional 33ª los policías le ordenaron al portero que limpiara la sangre de Juan Pablo, se llevaron un zapato que había quedado de Mirta, y omitieron iniciar actuaciones por el secuestro.

Un equipo de abogados integrado por Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Mario Hernández, Roberto Sinigaglia, Silvio Frondizi y Susana Delgado aportó pruebas de la participación de organismos de seguridad: el anuncio del procedimiento había sido escuchado por radioaficionados en la frecuencia policial y, en la mañana del día del secuestro, una comisión de la Superintendencia de Seguridad Federal se había presentado en la firma Gillette, donde había trabajado Maestre, a fin de detenerlo. El miércoles 14, el cadáver de Juan Pablo Maestre fue arrojado en un zanjón, cerca de Escobar.

El secuestro tuvo amplia repercusión en la opinión pública. Especialmente el diario *La Opinión* le otorgó una cobertura destacada que incluyó las tapas del 20, 21 y 22 de julio. Más de mil personas formaron el cortejo fúnebre de Juan Pablo Maestre.

Mirta tenía 26 años cuando desapareció. Su hermano Antonio, cuatro años mayor que ella, vivía entonces en Estados Unidos, donde trabajaba como investigador científico. Cuando su hermana fue secuestrada, él viajó de inmediato a la Argentina para tratar de rescatarla. “Lo recuerdo en el noticiero de la televisión, tartamudeando de angustia”, cuenta Marta Gan, prima de ambos. Antonio Misetich se quedó en el país, trabajó en la CNEA, tuvo dos hijas y fue a su vez desaparecido en 1976.

Marta Gan, que siempre vivió en Entre Ríos, recuerda que “cuando éramos chicos, Mirta y Antonio venían a pasar las vacaciones acá. Se apasionaban por las excursiones. En la adolescencia, Mirta era una chica risueña, cariñosa; era muy linda”. Estudió sociología en la UBA; allí conoció a Juan Pablo Maestre, con quien se casó. No tenían hijos. Juan Pablo estuvo entre los primeros militantes de las FAR, y Mirta se incorporó a la organización en 1968.

P. L., quien formó parte de las FAR durante aquellos años, recuerda: “Cuando la secuestraron, Mirta era mi ‘responsable’. Yo venía en crisis con la militancia. Había entrado a los 18 años y esa vida compartimentada llegó a ser para mí algo muy solitario, muy próximo a la muerte. Empecé a querer irme. Nadie me puso obstáculos pero sentí que, claro, yo había dejado de ser lo que se llamaba un ‘cuadro valioso’. Mirta no sentía las cosas de ese modo; creo que ella no se consideraba un ‘cuadro valioso’ y que para ella yo, cualquiera, era valioso tanto si se quedaba como si se iba. Yo creo que Mirta estaba llena de piedad. En eso fue que la secuestraron. Yo me reunía con ella en un bar y la consigna era, si no iba, repetir la cita varias veces en el mismo lugar. Ella faltó una vez y yo seguí yendo. Empezó a aparecer en los diarios el secuestro de los Maestre; yo no conocía el apellido de ella, no pensé que fuera ella y seguía yendo a ese bar hasta que, de casualidad, una compañera de la organización me vio, me hizo salir y me contó lo que había pasado. Quiere decir que, si Mirta hubiera hablado cuando la torturaban, a mí me podían haber agarrado en el bar. Quiere decir que me salvó la vida”.

“Todo su cuerpo estaba entregado a la respiración”

POR LEONARDO MOLEDO

Qué busco en la oscuridad.
Algo que calme el miedo, huele, huela a miedo.
No sé si deberías estar aquí. ¿Te correspondería la tapa de un diario?
El cielo estrellado... da vértigo.
Ni siquiera sé tu nombre. No sé quién sos y no sé nada de tu vida.
Infinitas estrellas... veo un punto que se mueve.
Un punto rojo. Tranquilidad. Un punto rojo.
No sé exactamente dónde estás. Sólo sé que estás
en cualquier hospital
busco, busco-busco rastros de vida, los... los países fabulosos del Preste Juan poco oxígeno sí, se me escapa, *se te escapa* y todo mi cuerpo se hincha para respirar *y todo tu cuerpo esta entregado a la respiración, como si rompiera una escafandra de metal.*
Las estrellas. Y el Preste Juan. Pónganse a salvo. Cuiden a los niños. Sobrevivan.
En cualquier hospital, en algún sanatorio.
(pausa)
Y que te estás muriendo.
Tagaroo, con gritos de alegría,
agitando las manos a la luz del sol
y un acotus... acostus...
Y que te estás muriendo en este preciso instante.
Una vibración muy pequeña y veloz.
Y que estás muy solo, tan solo como puede estarlo un hombre cuando se va a morir.
¿No merecés estar aquí, vos que sos quien está más solo en el mundo?
Hasta unos instantes te atendieron y te acariciaron, trataron de introducir en tu cuerpo líquidos y medicamentos que te mantuvieran vivo, que sostuvieran por un rato el hálito vital.
Rostros conocidos y queridos se inclinaron sobre vos, y te besaron, sus manos apretaron las tuyas, pero ahora todo se vuelve borroso, porque el que se va a morir sos vos, y ellos seguirán viviendo.
Hay una barrera total, que no se puede cruzar, son tan extraños, tan lejanos, tan diferentes, y vos estás solo, absolutamente solo ante la nada inexorable que te empieza a atravesar. Ellos están vivos y vos te estás muriendo. No existe una distancia mayor, no se puede concebir mayor diferencia. Ya no hablarás con nadie, y ya nadie te dirá nada.

El mundo vacío, *...encio* silencio, ahora estoy solo ¡silencio! *(pausa, silencio absoluto)*. Se mueven y los veo, brillosamente, se borran...
Silencio absoluto, en el que ningún sonido se transporta. Que el silencio diga lo que tiene que decir, *la nada te alcanza con su garra amistosa.*
El mundo, sí, ya lo veo, los veo moverse hablar entre ellos en voz baja, mientras yo estoy entregado a la respiración.
Te estás muriendo

De pasearnos a cuerpo. Amanece. Oh, dulce Sol, Ra, Enlil, Febo, Apolo, *que tienes arco de plata, que mandas en Micenas, la dorada, y reinas en Argos poderosamente. ¿Por qué no castigas a los aqueos, de doradas grebas y no les haces pagar mis lágrimas con tus flechas?* –ya es hora ¡llama al dios de la guerra, y que me rescate como cuando sobre un mundo poblado por temerosas criaturas que apenas osaban alzarse y erguirse, *te elevaste por primera vez, trayéndoles alivio tras la larga y peligrosa noche que me invade ahora, la pálida garra de la Nada.* Y fuiste capaz de separar. *Tratás de respirar, tu miedo está atravesado por el oxígeno, y por* lo normal de lo terrible, lo bueno de lo malo, la figura nítida del fondo confuso y borroso del destino el delicado oxígeno, *que para mí ahora vale más que las piedras preciosas,* el –precioso-reloj-del-oxígeno que corre implacablemente hasta *que su último rastro-se-extinga en mis pulmones.* Merecerías esto, estar aquí, figurar entre los héroes, un brillo mortecino y vidrioso, alguien mueve *de pasearnos a ¡cuerpo* la mano frente a tus ojos y estás solo todos se van, se alejan lo que quisiste *quiero* querés llamarlos todo se vuelve **ya no** vidrioso *veo*

Aníbal Barrios

La vieja de todos los plomos

POR EDUARDO FABREGAT

Yo soy el que arma una banda de rock.
Yo soy el que espera verte en cada show.
Siempre es lo mismo con esta suerte.
Nunca volveré a verte otra vez.
(Oveja Negra, 1983)

En el mundo anglosajón tienen un nombre bastante más elegante: *roadie*. El medio rockero argentino, que tuvo que ir aprendiendo todo sobre la marcha, enfrentándose a los obstáculos más impredecibles, fue menos respetuoso en el bautismo. Y entonces, los tipos que hacen posible la ceremonia máxima de la música se convirtieron en *plomos*. Nadie sabe a ciencia cierta de dónde salió semejante denominación, más apropiada para el moscardón que revolotea alrededor de las estrellas –a quien se le destinó el apodo de *monitor*– que para un personaje fundamental de la producción de espectáculos, el hombre en las sombras que carga, descarga, arma, prueba y reprueba que el más mínimo enchufe esté en su lugar, y pone el hombro para que miles de personas renueven el rito cada noche. En 1983, los colaboradores de León Gieco dieron el salto y cantaron su *Canción de los plomos* en el escenario. Pero el gremio que con el tiempo empezó a defender la denominación de "asistente técnico" tiene otro personaje paradigmático, un animal de escenario que nunca se colgó la guitarra: Aníbal Barrios, *La Vieja*.

La Vieja no es cualquier plomo. La Vieja es la mano derecha de Luis Alberto Spinetta, el hombre que deja el escenario preparado para que el Flaco suba y haga magia, personaje clave en el estudio La Diosa Salvaje, maestro mayor de mates en la tranquilidad de Villa Urquiza, tan fundamental en su labor como para que el Flaco incluya su foto en los discos y no olvide jamás agradecer su labor a la hora del vivo. "Es como algo que comés y te empieza a gustar. De repente, es tu comida favorita", explicó, muy sencillamente, en una pequeña nota de este diario en 1994. La alegoría con la comida no parece caprichosa: en los '70, La Vieja fue plomo de una banda llamada Sátrapa y luego trabajó con Banana, pero su primer trabajo fuerte fue junto a Spinetta y nada menos que en el regreso de Almendra: la gira de *El valle interior*, los históricos conciertos de Obras Sanitarias y la posterior actividad con Spinetta Jade fueron afianzando la relación entre Luis y su asistente, que ya no era Aníbal: en un medio donde resuenan nombres de plomos célebres como El Vikingo, Quebracho o Furia, Aníbal era La Vieja, y no era un apodo peyorativo sino de puro cariño.

Pero si La Vieja llegó a ser una institución, un tipo digno de titulares más grandes, fue por su hambre de más. "No podés quedarte únicamente en cargar equipos", se dijo, y la relación con Spinetta entró en una pausa. Barrios entró a la empresa de sonido del Toro Martínez y Héctor Starc, se formó con ellos, con el Tapa Escriña y Juan Segura, y lo suyo ya no fue sólo levantar una caja de cincuenta kilos sino conocer los secretos de los amplificadores, las consolas de sonido y el monitoreo, ese *detalle* que puede llevar a que un músico encandile a una multitud o le destroce los tímpanos. De vuelta al equipo de confianza de Luis, La Vieja le aportó todo lo que supo aprender del difícil oficio de montar un escenario, pero también unos mates que se han vuelto legendarios. Y su fotito entre la de los músicos le produce algo de incomodidad, pero al cabo eso lo ayuda a sentir que más de treinta años de laburo lejos de las ovaciones al protagonista no fueron en vano. *Roadie*, asistente, *stage manager*, el título que se quiera: Aníbal Barrios, La Vieja, es ese pequeño duende en las sombras que, en nombre de todos los plomos, contribuye a que la vida se pueda seguir traduciendo en canciones.

LEANDRO TEYSSEIRE

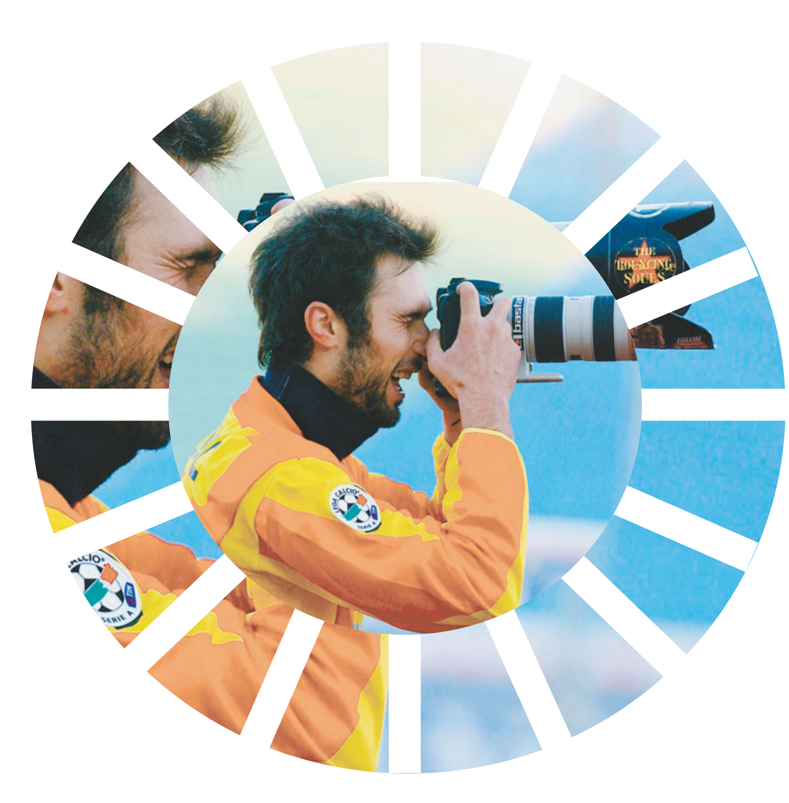
Mirko Vucinic

El goleador sin patria

POR FERNANDO D'ADDARIO

Debo confesar que reparé en la existencia de Mirko Vucinic cuando el fatalismo geopolítico se ensañó con él: hasta el domingo pasado el delantero del Lecce italiano era un integrante más del seleccionado de Serbia y Montenegro; desde ese día, es el único montenegrino de un "equipo-nación" que, ontológica y políticamente, dejó de ser tal. Es difícil imaginar el grado de perplejidad que debe embargar a un futbolista elegido para representar a un país inexistente. Ante una cuestión burocráticamente tan compleja, no es menor la confusión que se apodera de nosotros, los argentinos, acostumbrados fundir las nociones de fútbol y patria en un cambalache fetichista.

Frente a la dificultad para conseguir una foto de Vucinic (olvidé por un momento que en Internet los obstáculos fronterizos se sortean con un simple click), acudí a mi ahijado de 10 años, Cucho, que está juntando figuritas para su álbum del Mundial de Alemania. Sin tiempo para deconstruir a los ponchazos la historia caótica de los Balcanes, le expliqué torpemente que la figurita que necesitaba estaba en la página de Serbia y Montenegro, que antes era un solo país y ahora son dos. Su contestación prescindió de rigor sociopolítico, pero abundó en lógica futbolera: "¿Y qué tiene que ver que sean dos países, si el equipo sigue siendo uno solo...?". No sé si el fútbol une o divide a los pueblos; sólo puedo decir que yo recién supe de un país llamado Yugoslavia a los 8 años, también gracias a un álbum de figuritas, en este caso, el del Mundial '74. Por entonces, lo primero que me llamó la atención fue la homogeneidad lingüística de los apellidos de sus jugadores: todavía recuerdo nombres como Bogicevic y Dzajic que, sin ninguna otra referencia cultural a mano, me transmitían una idea de cohesión, de afinidad orgánica. Acaso porque rompía esa unidad monolítica, uno de mis ídolos –una idolatría absurda, seguramente, propia de mis ocho años– era



Oblak, figura en un histórico 9-0 frente a Zaire. Nunca necesité preguntar si Oblak era serbio, croata, esloveno, macedonio o montenegrino. Consulté a mi padre por Yugoslavia y me ilustró sobre el Mariscal Tito, sobre su fortaleza para defender su comunismo sui generis frente a las potencias europeas y la Unión Soviética. A partir de allí también fui hincha de Tito. Mucho más tarde me enteré de que aquella aparente homogeneidad de las figuritas de fútbol era ficticia, apenas una convención política. La misma que hoy, en otro contexto, determina que Mirko Vucinic no sea yugoslavo sino montenegrino.

Todo eso me hizo pensar en el absurdo que implica la certeza de "sentirme argentino", mientras espero el debut de "mi" selección en el Mundial. ¿Sobre qué cimientos está asentada esa pertenencia casi esotérica? No hay mandato divino ni llamado histórico de la sangre y de la tierra que me embanderen necesariamente con la celeste y blanca; tan sólo el azar y el resultado de sucesivos avatares históricos marcaron –con trazo grueso pero no definitivo– mi condición de argentino hasta la muerte. Pienso en una hipotética (ni Dios ni la Virgen ni los Santos lo permitan) "balcanización" argentina, impensable políticamente (mayo de 2006), pero no exenta de cierta viabilidad étnica. Sin ánimo de ser alarmista, en un lejano siglo XXIII, con otra configuración regional y una realidad geopolítica diferente, tal vez la Argentina sea otra cosa. Quizá no exista más, o –por imperio de un descubrimiento energético revolucionario– se convierta en un apéndice minúsculo de una Confederación de Repúblicas Bolivarianas (con capital en Potosí). La propia historia del mundo obliga a contemplar arbitrariedades azarosas que relativizan cualquier fanatismo basado en la territorialidad. Si a los Reyes Católicos no les hubiese ido tan bien, tal vez este artículo estaría escrito en catalán, o en portugués. De haber existido el fútbol competitivo en 1840, el irreconciliable clásico sudamericano no hubiese sido Argentina-Brasil sinoBuenos Aires-Entre Ríos (hoy provincias hermanadas –Jorge Busti y Felipe Solá mediante– en el conflicto contra la Banda Oriental del Uruguay).

En la vida se gana y se pierde: una eventual autonomía de la provincia de Santa Fe nos libraría de Reutemann, pero nos privaría asimismo de las gambetas de Messi. Más preocupados deberían estar los tucumanos, que si debieran formar un seleccionado de fútbol tras una aventura separatista, se encontrarían con Krupoviesa como principal figura autóctona.

No pretendo con esto alarmar a los nacionalistas. A corto plazo, nuestra argentinidad al palo está garantizada: con su batería publicitaria, las argentinísimas Repsol, CTI, Coca-Cola, Quilmes y Carrefour no van a permitir que decaiga ese "sentimiento inexplicable" de tener la celeste y blanca en el pecho durante veinte días (o una semana, como en 2002).

En mi caso, tanto patriotismo coercitivo torció mi favoritismo: brindo por Serbia y Montenegro, o como quiera que se llame. Y por los goles de Mirko Vucinic, el delantero que no sabe para quién juega, y que, para colmo (mi ahijado me acaba de confirmar) no aparece ni en el álbum de figuritas del Mundial 2006.

Richard Dawkins

El genio de los genes

POR JUAN IGNACIO BOIDO

Hace 30 años, la comunidad científica recibió con sorpresa y polémica la publicación de un libro que cambiaría la manera de concebir la vida humana. Su autor se llamaba Richard Dawkins y su tesis era sencilla y lacerante: los seres humanos no somos más que replicantes, máquinas ciegamente programadas para transportar y garantizar la supervivencia de la información molecular que llamamos genes. Fuimos creados por ellos, estamos a su servicio y es su supervivencia la que impera por sobre la nuestra. El libro se llamaba, coherentemente, *El gen egoísta*. Era un libro que iba más allá de la biología, ofrecía una visión inédita de las conexiones entre cuerpo y mente, ciencia y filosofía, y convertía a su autor en un nombre peligroso, como en su momento y a su medida lo fueron el de Marx o el de Darwin.

Lo curioso es que durante las conferencias, charlas y homenajes que se le rindieron este año, y en las cuales un amplio espectro de científicos reconoció la importancia que aún hoy tiene *El gen egoísta*, el propio Dawkins ofreció una confesión inesperada: si volviera a escribir el libro, lo escribiría exactamente igual, con excepción del título. Hoy, dijo, lo llamaría *El gen altruista*.

El cambio de una palabra por otra en el título responde, según Dawkins, a dos motivos. El primero, corregir un equívoco que ha permitido a muchos de sus críticos endilgarle una posición que no tiene: la de atribuir al ser humano un egoísmo biológicamente intrínseco. Por el contrario, su tesis aventura que la supervivencia de ese material del que somos depositarios llevará, indefectiblemente, a una creciente cooperación entre todos los hombres, a un comportamiento *altruista*.

El segundo motivo, más sutil, casi una muestra de humor, responde a la necesidad de honrar eso que la Naturaleza, a través de la ciencia, nos ha enseñado sobre nosotros mismos, en beneficio de nuestra propia supervivencia. En los treinta años que separan un título del otro, la ciencia nos ha enseñado más que lo que hasta la voracidad insaciable de los medios de difusión es capaz o está dispuesta a digerir. La cibernética bien puede ser la idea más revolucionaria de los últimos 2000 años y el presente se encuentra a merced de una espiral de cambios cuyo cambio más asombroso es la velocidad misma del cambio. La ciencia moldea nuestra cultura día a día. El milagro de la vida es descompuesto, igual que un truco de magia ante los ojos de un chico, en una precisa y sencilla secuencia química. La matemática se convierte en la Piedra Rosetta del mundo material. La biología libera a la ecología del cargo de bienintencionada y la llena de sensatez: no es la Tierra la que corre peligro sino el Hombre. Hoy, en definitiva, las ideas científicas parecen ser de nuevo reservorios para las artes, la filosofía y las ciencias sociales.

Pero, en una época en la que los títulos se leen más que los libros que los acompañan, en el que las palabras se adhieren con la facilidad de los slogans, Dawkins considera indispensable comenzar a ajustar el uso de las palabras al entendimiento al que están sometidas.

Un ejemplo: incluso en los círculos más bienpensantes o progresistas (o incluso revolucionarios), es común escuchar o leer sobre el bienaventurado "encuentro de las razas", o sobre el oprobio que todavía hoy padece "la raza negra" en Sudáfrica o Estados Unidos, o sobre el cansancio de "las razas indígenas" de América latina o la creciente tolerancia o intolerancia de "los blancos" en tal o cual lugar del mundo. La verdad es que ya desde hace años la lectura del código genético –una lectura con cierta dificultad, es cierto, como un idioma que recién empezamos a hablar, que no podemos pronunciar del todo bien, pero que ya entendemos– ha comprobado que en la especie humana esa categoría de "raza", tan arraigada, simplemente no existe. Ningún científico, sea cual fuere su área de especialización, avalaría el uso del término o su existencia. Ya no es una cuestión de tolerancia: tratar al otro como a un igual no es una elección u obligación que caen dentro de las órbitas de la fe, la buena disposición del corazón o –ni siquiera– de una ley laica y democrática, sino una realidad biológica: ni un riñón, ni una retina, ni un litro de sangre conocen de razas en el momento de un trasplante. El concepto mismo de raza iría en contra de la idea de cooperación.

Ese es el altruismo del que habla Dawkins treinta años después: el altruismo del que estamos hechos, el altruismo que intenta poner de relieve en el segundo título de su libro. Porque sabe que, incluso hablando de genes, las palabras no son ajenas al mundo. El lenguaje es un virus, decía William Burroughs. Pero también puede ser una vacuna.

Clara Sajnovestky

La chica de tapa

POR MARTA DILLON

Tiene el humor suficiente como para decir que su primera dificultad fue un regalo de Reyes. Es que fue justo en esa fecha del año 1953 que le diagnosticaron poliomielitis. Hacía seis meses que había aprendido a caminar cuando su cuerpo olvidó cada uno de los movimientos que hacían felices a sus padres, esa forma de sacudir los brazos a mitad de camino entre batracios y reptiles que tienen los bebés incluso cuando ya se desplazan erguidos. Sobrevivió, con un 80 por ciento de su capacidad inerme. A los dos años la dificultad le hizo una zancadilla que ella todavía esquiva con una sonrisa que nace de la ironía pero nunca de la aceptación. Quien acepta blandamente no desafía, y para Clara Sajnovestky no hay ni hubo otra manera de encarar el mundo. El relato de las operaciones que sufrió sería tedioso de enumerar; además no quita ni agrega, seguramente es más gráfico relatar el modo en que se arremangaba el miedo para tirarse desde la silla donde la sentaban con tal de ver más allá del punto fijo al que la condenaban. Con el tiempo, ese porcentaje de inmovilidad se fue achicando. Consiguió trabajar y estudiar, se recibió de abogada, después de escribana y además fue pródiga. Aprendió a hacer negocios financieros, nada loables por cierto, pero suficientes para alimentar a su familia, pagar los estudios de su hermano, reemplazar a su madre en el cuidado de los suyos cuando ésta se deprimió por la pérdida de un hijo. Armaba mesas de dinero, invertía en comercios que daban trabajo a primas, tíos y hasta le alcanzó para construir el mausoleo que su padre –ella sabe– había querido. El no alcanzó a visitarla en prisión. Muy pocos de los que se beneficiaron con su arte para el dinero la visitaron. Pero las mujeres encarceladas aprenden rápido a entender el abandono, es una condición de género ésa de postergar las necesidades propias para cubrir las de otros y entonces cuando piden es difícil escucharlas. ¿O acaso no era ella tan omnipotente como para subir las escaleras de Tribunales empujándose con sus muletas sin siquiera una baranda con tal de cumplir con sus trámites a tiempo? Así la retrataron alguna vez cámaras ocultas destinadas a denunciar la falta de infraestructura en los edificios públicos. Un hecho que ella detestó, porque sí, porque se sintió omnipotente alguna vez, porque le costaba reconocer esas dificultades que había esquivado como si sus piernas pudieran hacer gambetas, sin notar la discapacidad, mucho menos lo que significa ser mujer en un mundo de hombres en el que ella se sentía cómoda. Es más, antes de estar detenida durante casi diez años se llevaba mal con las mujeres, le parecían demasiado blandas, quejosas, superficiales. Pero el tiempo en prisión enseña a quienes quieren o pueden aprender.

¿Y por qué debería ser tapa de un diario alguna vez alguien que cometió un delito por muchos inconvenientes que haya tenido en la vida? No hay en las cárceles –o tal vez sí, pero son excepciones que confirman la regla– quien no haya sufrido privaciones, que no tenga una historia que contar para explicarse a sí mismo el recorrido de sus pasos. Se podría decir que Clara tuvo la condena más larga –quince años– por una estafa de la que se tenga memoria, más en un país donde las estafas han estado buena parte del tiempo en manos del Estado. Pero tampoco eso sería suficiente. La razón, en todo caso, habría que buscarla por el lado de la tenacidad. Por el impulso irrefrenable de seguir buscando. En el penal de Ezeiza, Clara empezó a estudiar sociología, la única carrera disponible para las mujeres encarceladas. Con el encierro, su cuerpo se fue deteriorando año a año, como le sucede a cualquiera que sufra una enfermedad degenerativa que no tolera el tiempo sin rehabilitación permanente. La única rehabilitación que tuvo fue negarse de plano a usar silla de ruedas, prefirió seguir empujando su cuerpo con el balanceo de las muletas, salir de su celda cada día para que el tiempo se rinda a sus plantas maltrechas. Y así fue como después de tres carreras –vaya palabra para usar en su caso– encontró una vocación que ella asocia con esa otra actividad de la que no se enorgullece. Qué mejor para una estafadora que hacer arte, se ríe; antes vendía humo, ahora hago lo mismo. Es que le costó entender que sus creaciones podían tener valor más allá del precio de los pocos materiales con que se cuenta en la cárcel. Pero al final, cuando ya había dejado la vida intramuros, no hace más de un año, entendió que una artista no nace, se hace. Como se hacen las mujeres, por imposición en muchos casos, por pura voluntad, en otros. Y es por el registro de esa voluntad que la modeló que la libertad –la libertad en su sentido más primario, la de decidir si entrar o salir o a qué hora acostarse– no cortó los vínculos con esas mujeres con las que compartió el encierro y ahora busca para ellas –y para ella– eso que el Estado que pena no ofrece: la chance de no volver a la cárcel. Algo tan sencillo como un lugar de contención y una verdadera bolsa de trabajo que abra posibilidades ciertas para esa libertad restringida en la que todos sobrevivimos.

La de Clara es una historia común, de esas que no salen en tapa o salen en la sección del drama cotidiano que se da en llamar policiales. Pero hay algo que conmueve en su forma de avanzar, más allá de sus muletas y de los cráteres que esquiva en veredas que no reconocen las diferencias. Ese algo tiene que ver con su sonrisa, con la manera en que define el huracán que significó el arte como una libertad alternativa, con la forma en que tiene de decir cómo no iba a venir cuando cualquiera puede entender el no si toma en cuenta la dificultad. Ella cometió errores, como cualquiera. Pero no es eso lo que define a las personas sino el modo en que los repara. O se yergue sobre ellos para abrir otros caminos. Rutas que otros y otras podrían tomar convirtiendo un itinerario propio en mapa, en señuelo. Y ésa es razón suficiente para convertir a esta mujer en chica de tapa.



¡Una no, muchas!

POR RUDY

En los últimos 19 años nos hemos encontrado con las personas, hechos y personajes que protagonizaron la historia y la historieta mundial a través de las páginas de este diario. Seguramente habrán faltado algunos y sobrado otros. La vorágine, la globalización o los límites de mi propia memoria me impiden decir cuáles. Pero estoy seguro de que me hubiera gustado leer cómo hubiera cubierto **Página/12** algunos hechos de la historia nacional o universal, reales, ficticios o literarios, que sin duda hubieran ocupado la primera plana si el diario hubiera existido en aquellos tiempos (y si aquellos tiempos hubieran existido, en algunos casos). Por ejemplo: la tapa de **Página/12** del 13 de octubre de 1492. Imagino el titulo "Era redonda, nomás". Un dibujo de Colón con el famoso huevo dominando la escena. Quizás una volanta: FINALMENTE COLON LLEGO A LAS INDIAS NAVEGANDO HACIA EL OESTE. Un recuadro: "¿Dónde están las joyas de Isabel?". Una profunda investigación acerca de la influencia de ex inquisidores en el gobierno de España. Un informe sobre las internas palaciegas: "El conde Felipe cambia de bando, se pasa del fernandismo (línea aragonesa) al isabelismo (línea castellana)". Y sin duda, una columna sobre las noticias religiosas: "La Iglesia recomienda a sus fieles no navegar hacia el Oeste ni usar preservativos en caso de que sean inventados".

Me hubiera gustado leer el título de **Página** el día en que se resolvió la tragedia de Edipo (Titular: "Con la vieja, no". Volanta: CORRUPCION EN TEBAS: YOCASTA COBRABA DOBLE SUELDO, COMO REINA MADRE Y COMO PRIMERA DAMA). O el día en que se resolvió la guerra de Troya (Título: "A caballo regalado"). O el día que Neil Armstromg pisó la Luna (Título: "Vieja, adiviná desde dónde te estoy llamando").

Vayamos a los tiempos bíblicos. "¿Dónde va la gente cuando llueve?" titularía **Página** durante el Diluvio Universal. Y más lejos aún: "Mordieron" sería el titular sobre Adán y Eva, con una recuadrito en el que la serpiente declara "Yo no tuve nada que ver".

Volviendo a la realidad histórica, me hubiera gustado leer **Página/12** el día de la caída del Tercer Reich. Imagino la tapa: la foto de la película de Charles Chaplin haciendo de Hitler, con el globo que parece el mundo y que se acaba de pinchar entre sus manos, y el título "El gran fracasador".

O el 26 de mayo de 1810 (o sea, 177 años antes de la aparición real del diario): "Saber de qué se trata" y un recuadro que comenta que "La Banda Oriental quiere abandonar el virreinato porque Buenos Aires se niega a autorizar una jabonería en el margen oriental del río Uruguay que competiría fuertemente contra la de Vieytez".

Y bueno, lector, quién le dice en los próximos 19 años nos encontramos con una noticia como éstas. Siempre puede suceder.

Daniel Manuel Reimundes

Un retirado muy activo

POR SERGIO MORENO

Página/12 cumple años los 26 de mayo. La fecha tan cercana a la de la Revolución de Mayo y al día de la creación del Ejército Argentino, 29 de mayo, deja a nuestro humilde aniversario en medio de un torbellino de pródigas actividades políticas, patrióticas y no tanto. La derecha más cerril se sumerge en celebraciones fragoteriles, reivindicaciones del terrorismo de Estado, exaltaciones a la faena de las Fuerzas Armadas en aquella época de espanto, reuniones, cadenas de correos electrónicos (la tecnología no llega en vano), ofrendas florales en la Plaza San Martín, actos en el Círculo Militar y otras delicias. En varias actividades encontramos a un hombre que nunca fue tapa, aunque sí sujeto de algunos certeros artículos de Horacio Verbitsky. En su momento, fue injustamente opacado por quien fuera su superior y protector, el ex jefe del Ejército Ricardo Brinzoni (q.e.p.d), propulsor de la repolitización de la fuerza que condujo durante los gobiernos de Fernando de la Rúa y Eduardo Duhalde, hasta que el entrante presidente Néstor Kirchner lo eyectara de su sillón. El personaje que nos compete es quien Brinzoni quiso dejar como su sucesor y de sus ideas, el actual general (RE) Daniel Manuel Reimundes.

Además de haber devenido en próspero empresario (también es abogado), no dejó de lado su pasión por la política y el lobby, la derecha y la reivindicación del terrorismo de Estado, que denomina lucha antisubversiva. Cercano a la nueva estrella del Jurásico Cecilia Pando, Reimundes no deja de reunirse con sus viejos amigos como Vicente Massot, ex viceministro de Defensa de Carlos Menem y vindicador de la tortura como método para obtener información, el coronel Visuara, ex jefe del campo de concentración Automotores Orletti, donde se ejecutó el Plan Cóndor y ex hombre de confianza de Hugo Anzorreguy cuando comandaba la SIDE, sus viejos camaradas desplazados por Kirchner de la conducción del Ejército, el ex sindicalista ahora empresario Jorge Triacca, el socio de Aldo Ducler Miguel Angel Iribarne, y parte de lo más granado del menemismo residual. También lo hace con periodistas, alguno que otro consultor y varios gurúes económicos de la city porteña. Reimundes es hijo –de notable parecido físico con su padre– del coronel Manuel Reimundes, quien en los ‘60 fue creador de la logia El Dragón Verde, que se opuso al derrocamiento del presidente Arturo Frondizi. A Reimundes hijo lo apodan “el dragoncito verde”. El militar fue uno de los principales colaboradores del general Martín Balza, quien le atribuye haber sido un aporte importante en la redacción del documento de mea culpa con el que abrió el proceso de reposicionamiento de las Fuerzas Armadas, que luego Brinzoni volvió a clausurar para retornar por el viejo camino del Cretácico. Tras su retiro, los más estrechos colaboradores de Balza, como Reimundes, Eduardo Alfonso y Gustavo Gorriz, lo negaron tres veces y se pasaron al bando del nuevo jefe Brinzoni, cuya doctrina fue exactamente la opuesta a la que había planteado el actual embajador en Colombia. Reimundes luego fue designado agregado militar en la embajada argentina en Washington, destino que le resultó decisivo no sólo en el ámbito empresarial sino también en lo político. El entonces coronel aprovechó para dejar organizada una futura estrategia empresarial vinculada a las telecomunicaciones, inversiones financieras y a grupos internacionales cuya financiación exuda opacidad, como veremos más delante.

Tras su paso por Washington, fue convocado por Brinzoni como secretario general del Ejército. Desde esa especie de oficina de lobby político del Ejército se sumó a la tarea de repolitización del arma. Públicamente, el secretario general insistió en aquella época en “analizar de nuevo las leyes de Defensa y Seguridad” en lo referente al uso de las FF.AA. “en el restablecimiento de la seguridad interior”. Durante la crisis de 2001-2002, tras el estallido económico-social de la Argentina, solía reunirse con un grupo de coroneles para “estudiar qué hacer si se va Duhalde o se produce una pueblada”, según le preguntó el periodista Adrián Paenza en abril de 2002 al por entonces jefe del Ejército. Brinzoni respondió que era lógica la preocupación de sus cuadros por el futuro del país, y que el Ejército debía estar preparado ante la crisis. No explicó de qué manera ni qué hubiese hecho de profundizarse. Las elecciones de 2003 encontraron al jefe del Ejército y a Reimundes, su protegido, apoyando a Carlos Menem.

Con Kirchner en la Casa Rosada, la dupla se dio a la tarea de permanecer y organizar encuentros con lo más granado de la sociedad. Fueron ellos, aunque no participaron de ése (sí de otros) los que organizaron aquella famosa cena en el Regimiento I Patricios, a la que José Pampuro, por entonces ministro de Defensa, cayó de improviso –sin invitación–, alertado por el propio Kirchner. En dicha cena, el sinuoso operador todoterreno Enrique “Coti” Nosiglia le dijo a Pampuro: “No vayas a creer que estamos conspirando”. “Con esto que decís, me lo confirmás”, le respondió Pampuro, que se sentó a su mesa, compartida también por el ex ministro Horacio Jaunarena y por el ex segundo de la SIDE de Fernando De Santibañes, el sushi boy (hoy también devenido empresario floreciente) Darío Richarte.

Kirchner descabezó a las cúpulas militares. Brinzoni, Reimundes y compañía pasaron de la acción directa al whisky fragotero del Círculo Militar.

Ya en 2004, nuestro hombre se sumó como colaborador al Grupo Idus Investment Corporation S. A., conocido en la city por Grupo Idus y en el cual figura como presidente del Directorio; atento a la necesidad de expansión constituyó una nueva empresa en Mendoza denominada Idus Andina Sociedad de Bolsa S. A., donde el general tiene 499.880 acciones equivalentes a la misma cantidad en pesos, sobre un total de 500.000.

Resulta necesario realizar algunas consideraciones sobre el grupo Idus: en la city se lo vincula con algunas maniobras oscuras perpetradas con dinero de dudosa procedencia para el grupo mexicano “Posadas” y para la “Corporación Interamericana de México”, relacionado con Guillermo R. López Von Linden, quien en mayo de 2005 figuraba como vicepresidente del directorio. La presencia de Reimundes en este emprendimiento facilitó contactos castrenses a granel, todos retirados, muchos de ellos vinculados a la inteligencia militar.

Pero el general, empresario y abogado sabe diversificar sus inversiones y apuestas. Es un gran amigo del ex comisario de la Policía Federal Jorge Alberto “el Fino” Palacios, quien tuviese una actuación más que cuestionable en la horrible investigación que el Estado argentino y el menemato realizó sobre el atentado a la AMIA. Esta amistad, y la defensa que invariablemente hace Reimundes de Palacios, puede tener relación con que, según surge de los documentos del grupo Idus, el escribano Eduardo G. Gowland (M 3252, Registro N 94 de la Ciudad de Buenos Aires) aparece tanto en la escritura N 112 de la empresa como en la adquisición de la sede ubicada en la calle Sarandí 296, Ciudad de Buenos Aires, perteneciente a la empresa seguridad privada ARPA, que tiene firmes lazos con el comisario Palacios. Otras empresas del grupo son Idus Securities S. A., donde Fernando Calabria es el presidente del directorio y Reimundes director titular. Idus Investment Corporation S. A. es una sucursal de la empresa Idus Corporation C. V., con domicilio legal en Amsterdam, encontrándose constituida bajo las leyes de los Países Bajos, por lo que no tiene cuerpo directivo conformado. No obstante, en la Argentina tiene un representante legal: Beat Kramer, cuyo domicilio comercial es Callao 1234, Piso 3, Oficina 309. Reimundes también guarda relación con las empresas Plus Comunicación S.R.L. y Nueva Comunicación S.A., desarrollando sus actividades en materia de seguridad electrónica, alarmas y comunicaciones. Todo un entrepreneur.

Su personalidad multifacética, su impulso vital y entusiasmo lo impulsan a mantener otras actividades. Se ha vinculado a la soberana Orden de Malta, una vieja orden de guerreros religiosos que depende de la Santa Sede, cuyo embajador en la Argentina es Antonio Caselli, hijo mayor del ubicuo Esteban “Cacho” Caselli, gentilhombre del Vaticano, ex embajador de Menem en el estado pontificio, ex mano derecha de Carlos Ruckauf hasta su huida de la gobernación de Buenos Aires, ex secretario de Culto de la Nación durante el gobierno de Duhalde. A Caselli se le atribuyen las maniobras por las cuales el pastor alemán, el papa Joseph Ratzinger, Benedicto XVI, viene nombrando una retahíla de obispos ultraconservadores en la Argentina, a contrapelo de los deseos de la conducción del purpurado criollo. Por si le sobrase el tiempo, Reimundes gusta concurrir con asistencia perfecta a las fiestas que organiza Triaca, donde aprovecha la oportunidad para estrechar lazos con los restos del menemismo más puro. También se lo puede ver participando en reuniones con Mauricio Macri y la agrupación de Ricardo López Murphy, quien lo conoció cuando era ministro de Defensa de Fernando de la Rúa.

Reimundes se ganó este recordatorio. Acaso este escrito remiende en parte la injusticia de no haber sido nunca tapa. Pero Reimundes no es sólo él: hay miles de argentinos como este general retirado, anónimos de la dictadura, del menemismo, conservadores de toda laya, dispuestos al complot, acaso módico, siempre activo, de una Argentina vieja que no acaba de morir. Y también muchos reciclados que, contrariamente a Reimundes, quien cuando menos guarda una coherencia de pensamiento, ahora son progresistas y luchadores anticorrupción cuando en realidad se enriquecieron a costa del erario y los pobres durante los ’90 y más. A todos ellos les debemos una tapa. Quizás en algún momento la podamos hacer.

Segundo Alvarez

El tío Segundo

POR LUIS BRUSCHTEIN

Es difícil saber dónde nació y ya es tarde para hacer su biografía. Pero su nombre era Segundo Alvarez, que muchos llamábamos "El tío" para diferenciarlo de "Los abuelos" con quienes atendía el kiosco del Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (Cospa) en México durante la dictadura. Es tarde quizás, porque pasó mucho tiempo desde su muerte y porque los paradigmas que hicieron su vida aparecen ahora como cenizas del pasado, perdidos en el arcón de la historia, una épica que sólo resiste la ficción, un cuento. Y más que nada hoy es difícil entender el peso ejemplar que tuvo su generación en la última que recibió su herencia, la de los '70.

"Compañerito –decía el tío– al principio yo ponía un caño aquí, otro allá y nunca me pasaba nada. Empecé a trabajar con los muchachos y empecé a caer en cana." Era el pie para algunas de sus historias. Anarquista, correo secreto de la FORA. Un viaje clandestino a Rosario para entregar un mensaje a Severino Di Giovanni que escapaba de la policía y se enzarzaba en debates con otros anarquistas.

Hablaba con la parsimonia del paisano, casi con indolencia. Le quedaban pocos dientes, andaba con un pantalón de trabajo y una camisa semiarremangada. Tenía el pelo lacio y ralo, entrecano, que dejaba relucir algo del cuero cabelludo. Y las cejas espesas, hirsutas, a contrapelo de esa parsimonia.

Estuvo preso en los '30. Con la llegada del peronismo estaba en el gremio del papel y participó en la huelga de los cañeros. Otra vez preso. Lo torturaron con el famoso palo de Ararau. Cuando lo contaba, seguía siendo anarquista, pero militaba con la izquierda peronista, así que el relato salía de sus labios como algo que forma parte de la vida, que para él era sinónimo de lucha. Porque cuando cayó el peronismo se incorporó a la resistencia peronista y otra vez preso y otra vez torturas.

Macizo, con un cuerpo acostumbrado al trabajo, caminaba arrastrando las zapatillas en chancleta. "Compañerito –decía– yo quiero regresar a la patria porque tengo varias cuentas que saldar", y dejaba en el aire una cantidad de sobreentendidos. El conocía a los que lo habían torturado. En los '70 militaba en la izquierda obrera del peronismo en el Norte y fue preso. Estaba en la cárcel de Rawson cuando fue la amnistía. Sus compañeros de prisión contaban que cuando se enteró de que salía en libertad, agarró un banquito y arremetió contra los vidrios del penal al grito de "¡Viva la Revolución Social!".

Los "muchachos", como llamaba a los militantes de la JotaPé, lo llevaron como director de Abastecimiento, o algo así, de la ciudad de Salta, que no resultó muy bien abastecida. Cuando vino el reflujo de la Triple "A", el isabelismo y el lopezreguismo, lo metieron otra vez en prisión y otra vez lo torturaron. Esas eran las cuentas que quería saldar. "Los tengo a todos en la memoria –decía– y me las van a pagar una por una."

Salió con la opción a Perú y varios meses después, otros ex presos lo encontraron en la feria de un barrio marginal de Lima donde había armado un puesto de fritangas de empanadas para sobrevivir. Cuando fue el golpe contra Velazco Alvarado, los ex presos argentinos se fueron a México.

Vivía en una pieza diminuta con todos los vicios de los presos. Se las arreglaba en ese espacio para hacer embutes con restos de todo: botellas de vino sin terminar, requechos de comida y así. No tiraba nada, guardaba todo y lo ponía en escondites imposibles. En la piecita había una cama, una montaña de diarios que leía y recortaba meticulosamente y no cabía mucho más.

Después llegaron su mujer y sus hijos. Pero él quería volver. "Los muchachos no me dejan –decía por los Montoneros– porque dicen que estoy viejo, entonces me vuelvo solo." Y con mirada cómplice, aclaraba: "Conozco varios pasos secretos en la frontera, a pie o a caballo". Dos años más tarde, en la época del delirio de la contraofensiva, el tío estaba de paso en Panamá, iba de vuelta a la Argentina con su mujer. Contraviniendo todas las reglas de seguridad, tiró una cita clandestina para despedirse y nos encontramos en el restaurante de un hotel.

No había nada más contrastante que el tío y su mujer en el restaurante de un hotel de cuatro estrellas. Recuerdo que en otra mesa estaba Mercedes Sosa, que se había presentado en San Miguelito. "¿Qué van a decir ahora los pibes de la JotaPé cuando no me vean? ¿Adónde está el tío? ¿Y el tío adónde está? Está de vuelta en la patria", saboreaba don Segundo su retorno. Pero su mujer estaba preocupada: "Compañerito –decía–, lo tiene que convencer al viejo que ahora ya no es cosa de andar poniendo caños, ahora hay que hacer política, hacer un asado y convencer a la gente".

En realidad, no llegó a la Argentina. Se quedó en Paraguay, en la frontera, y allí los secuestraron a los dos y todavía están desaparecidos. El "tío" Segundo Alvarez fue un luchador que vivió entre los años '30 y los '70, un ciclo de golpes de Estado, represión y dictaduras en Argentina, una vida de luchas, cárceles, persecuciones, exilios y torturas. Nunca fue tapa de nada.

"Ayer no pasó nada"

POR MARIO WAINFELD

Algunas personas "normales", esto es, ajenas a la profesión periodística, piensan que los días más duros para quienes trabajan en un diario son aquellos en que hay mucha información o noticias importantes. "¡Cuánto trabajo tendrás!", asumen o hasta se conduelen cuando hay crisis severas, elecciones nacionales o atentados contra las Torres Gemelas. Para los que escriben o editan en un diario esos días suelen ser excitantes, exigentes, desafiantes pero de ningún modo, me parece, son los peores. Peores son esos días (en muchos casos propiamente de miércoles) en los que no pasa nada. Cuando hay información, los cronistas están interesados, la adrenalina que segrega el mundo exterior tiene capilaridad con la redacción, todos saben que están trabajando sobre algo que importa. Nunca se sabe si el diario que se está haciendo estará bien mañana, puesto ante los ojos de su lector. Pero uno percibe, nada menos, que el lector tendrá ganas de juntarse con ese diario.

Cuando no pasa nada, ay, todo es diferente y mucho más estresante si se piensa (es mi caso) que el ingrediente esencial del estrés es la angustia y no la aceleración. "No pasa nada" repiten directores, editores y redactores. Por ende, la tapa debe ser en buena medida "inventada", abultando una noticia que en otros días más faustos merecería una nota en página par o un pirulito al costado. El esfuerzo es doble y en general el resultado insatisfactorio. En **Página/12** el problema se potencia pues su tapa, por una larga y honrosa tradición, privilegia mucho una noticia sobre las otras. En otros medios, cuya gramática de tapa admite varias noticias en cierto rango de paridad, la falta de densidad se puede disimular en el tumulto de la cantidad, supongo. Pero en **Página**, la tapa propone una noticia importante, abierta al debate, que rompe la inercia y merece un abordaje amplio y hasta sagaz. Así las cosas, el día que no pasa nada (y que los hay, los hay) urdir la tapa es doble tarea. El saldo no es memorable, el trabajo mayor, la relación costo-beneficio pésima y uno se va de mal humor a su hogar barruntando que el lector no dedicará mucha atención ni se interesará en el armonioso packaging de un hecho prescindible o casi.

Tal vez, fantaseo motivado por la consigna de este suplemento, alguna vez debimos sincerar la situación con nuestros lectores y hacer una tapa que dijera "Ayer no pasó nada" o algo así. Dado que éste es un diario que da contexto a las noticias, hubiéramos debido analizar (periodistas, comunicólogos, psicólogos por qué no) cuáles son las convenciones que rigen la comunicación periodística, sus límites, sus tabúes.

Algunos se hubieran opuesto, mocionando que un diario no puede negarse a sí mismo y sustraer su oferta cotidiana a quienes lo requieren y a veces hasta lo re-quieren. Otros, yo mismo, hubiéramos arriesgado que la comunicación de masas incluye muchos ingredientes aparte de la información (pasatiempo o entretenimiento, un dique contra la soledad por mencionar un par) algo que en la radio se puede palpar mucho más fácil que en la prensa impresa. Y que (un día, no todo el tiempo) se podría correr un poquito el velo de su lógica, de sus convenciones, explorando otra forma de contacto con el lector.

Pero hete aquí que no lo hicimos, quizá porque un diario no debe romper su contrato tácito con el lector. O porque hay límites, más o menos férreos, para darse un recreo de transgresión. O porque el voluntarismo integra el bagaje de toda profesión, incluida la de periodista y apostamos (una y otra vez) a embellecer a un muerto y esperar que pareciera un galán hecho y derecho.

Oscar Rubén Larrauri

El último de los deportistas

POR PABLO VIGNONE



El sueño de los que idearon **Página/12** tardó mucho menos en cristalizar que el de Oscar Rubén Larrauri, que había empollado el suyo mucho antes y que lo vio corporizarse menos de un año después de que este diario iniciara esta larga travesía de 19 años.

A Oscar lo amargó la circunstancia, puede decirse. Yo diría que resulta ser el último ejemplar de deportista auténtico que anda circulando por ahí, dando vueltas (en sentido literal), deportista en el doble sentido del que lo hace por deporte y del que cree que el triunfo carece de sentido aunque desborde de legalidad en la medida en que peque de ilegítimo.

¿Mereció Oscar Rubén Larrauri una tapa de **Página/12**? Quién sabe: entre las casi 6300 que se produjeron hasta mediados de este mes, el deporte se ganó apenas un puñado. Pero él habría sido el primero en señalar el inmerecimiento. ¿Qué es, qué fue, sino un simple corredor de autos? Se acota: con el más amplio sentido de conciencia social y deportiva que uno haya conocido.

Su pico de excelencia deportiva, su cima individual, coincidió con la tragedia nacional de la Guerra de las Malvinas. Corría en Europa Larrauri: peleaba el campeonato de la Fórmula 3 cuando los ingleses no querían dejarlo entrar a su país a competir. En la pista, Poppy dominaba a sus rivales, fuera de ella sentía la hostilidad y el aislamiento. El 4 de junio de 1982 ganó en Zandvoort, Holanda, un pedazo de Inglaterra en el continente; tocaron el himno italiano, no el argentino. Viajó esa misma tarde a Milán, donde vivía, pero terminó celebrando solo en una pizzería. No se arredró: a fin de año había ganado el campeonato, el derecho a conocer a Enzo Ferrari, un pagaré de ilusiones y un largo destierro.

Su sueño de Fórmula 1 estaba maduro entonces, pero el empujón final llegó recién seis años después, en abril de 1988, a menos de un año de la puesta a punto de **Página/12**. Fue el premio por haber reunido a los elementos clave del modesto equipo Eurobrun (que por entonces era menos que Minardi). La dignidad de Larrauri jamás fue puesta a prueba. Corrió pocos Grand Prix pero salió airoso.

Respetado en Europa y los Estados Unidos por su eficacia de jornalero, corriendo allí donde un patrón rico le pagara un sueldo, respetado a un nivel desconocido en su propio país, Larrauri pegó la vuelta a fines de los ´90, para dar trabajo: una amiga italiana a la que había seducido le facilitó el capital inicial para montar un frigorífico en las afueras de Rosario, con el que dio (y da todavía) trabajo a un centenar de personas.

Sus reflexiones jamás pudieron sacarse de encima ese tono peninsular, por fortuna. Sus convicciones lo llevaron a inmiscuirse en la política, de la que salió shockeado pero no arrepentido. Fue concejal en su ciudad entre 2001 y 2005. En ese lapso presentó más de 1000 proyectos, de los cuales le aprobaron 850. En ese lapso recibió unos 135.000 pesos en dietas, pero no gastó un solo centavo: los donó por completo; en su página web se puede seguir el detalle peso a peso. Lo mismo hizo con 36 toneladas de alimentos que recogió aquí o allá.

La vida lo golpeó duro a Oscar. Lo de la Fórmula 1, en todo caso, resultó anecdótico. Atravesó su desgracia de grande, no hace tantos años, cuando su único hijo, de año y medio, sufrió una horrible muerte en su propia casa. Oscar, que había sacado finalmente el pie del acelerador, volvió a calzarse un casco y los guantes, porque sólo le faltaba usar como anestesiante al deporte para mitigar su dolor. Aun sabiendo que nunca lo conseguiría. "A veces se hace duro", repone con ese tonito tan propio, sin poder disimular la tristeza.

Le interesó menos ganar que competir con honestidad. No hace mucho manejaba para un equipo que, francamente, no estaba a la altura de su trayectoria. Se lo sugerí: se negó a hablar mal de los que se quedaban sin dormir para poder darle un auto con que correr. Hace un tiempo se organizó en 9 de Julio un homenaje a José Froilán González. Fueron varios ex pilotos argentinos de F-1 desde Buenos Aires: Poppy se vino de un tiro desde Rosario. "No podía hacer menos." Froilán fue quien le había abierto la puerta de Ferrari, y aunque el contacto nunca diera frutos, el rosarino le tributa un eterno agradecimiento.

Debe haber sido uno de los 20 o 30 mejores pilotos de que gozó el deporte argentino en su rica historia. Seguro que fue uno de los mejores tipos que tomó parte de un acontecimiento deportivo en esta tierra. Más que seguro.



Carl Barks y los cuentos del tío

POR JUAN SASTURAIN

Los diarios del 26 de agosto del 2000 hicieron referencia breve –cuando lo hicieron– a la muerte el día anterior, en su casa de Grant Pass, en el estado de Oregon, Estados Unidos, de un viejito muy viejito, demasiado viejito –tanto que la mayoría de los que sabían quién era suponían que desde hacía muchos años estaba muerto– que se llamaba Carl Barks. Este viejísimo Carl Barks tenía 99 años, ya que había nacido no muy lejos de allí donde terminó sus días, en una granja de Oregon, el 27 de marzo de 1901. El secreto destino final no fue más que la continuidad de una vida marcada por el recurrente anonimato: Carl Barks, dibujante y guionista de historietas, no firmó jamás ninguna de las más de quinientas historias que produjo para la división revistas de Walt Disney durante casi un cuarto de siglo, entre 1943 y 1967, cuando se retiró. Ni él ni nadie –decenas de guionistas y dibujantes– ponía su nombre: todo en la factoría se publicaba bajo la firma del unánime creador: Walt Disney. Sin embargo, los pequeños lectores de entonces –me incluyo a principios de los cincuenta, claro– y los perspicaces críticos que vendrían, sabían diferenciar, entre la medianía general, el arte superior de algunos anónimos artistas que ponían su talento y su plus de diferencia al servicio de esos ratones y patos antropomorfos universales: entre otros, Floyd Gottfredson, Al Taliaferro y, por encima de todos, el gran Carl Barks.

El Universo Disney es rico y complejo. En muchos aspectos, extraordinario. Por ejemplo, en el verosímil de los personajes hay sabidas convenciones no por eso menos memorables. Una, extraordinaria, es que el ratón Mickey tenga un perro, Pluto: un perro-perro, porque para perro humanizado está Goofy, nuestro Dippy. La otra convención maravillosa son las manos (inventadas) de sus personajes, ese grado de mínima humanización arbitraria que les conceden los guantes con un pulgar y tres opuestos, los cuatro dedos necesarios y suficientes para todos los efectos mecánicos. ¿Por qué tienen cuatro dedos? Porque son más fáciles de dibujar que con cinco, más visibles y alcanza con ellos. Gloria al inventor de semejante engendro sintético.

Hay, sin embargo, un misterio que va más allá de estas aparatosas trivialidades y que es la pregunta que toca el corazón del mundo disneyano: quién y cómo es el padre de los sobrinos de Donald. Porque es evidente que Huguito, Dieguito y Luisito o como carajo los llamen en otros tiempos y latitudes, deben tener un padre (y una madre pata). Alguna vez, en la ficción, me lo imaginé clásico tío, hermano de Donald, empleado y trabajador, siempre ocupado –el Pato Nolan, le puse– sin tiempo ni energía para dedicarles a los inquietos y cabezones patitos que siempre estarían buscando cómo piantar de su desconocida casa a lo del tío insufrible pero no laburante, con el maravilloso autito siempre disponible para salir a cualquier lado. Es más: en el mundo de los personajes originales de Disney –no los provenientes de adaptaciones más o menos libres de otros cuentos tradicionales, como las películas o Los Tres Chanchitos y el Lobo Feroz– no hay padres ni hijos: hay novios/novias (Daisy, Minnie) tíos y sobrinos. No hay familia ni pareja –vínculos fuertes, inmediatos, directos, horizontales y verticales– sino laxos lazos afectivos, meros pretextos para la aventura. Lo del pato es homologable a lo de Mickey, que tenía, en mis tiempos de historietas, también novia pero sólo dos sobrinos.

En ese sistema, para el horror de los bienintencionados y descaminados Mattelart-Dorfman y su crítica apocalíptica, es proverbial la figura del Uncle Scrooge (*Tío Rico* o *Patilludo* o *Mc Pato* o *Tío Gilito*, según épocas, países y traducciones), el avaro millonario que se baña en dinero, generador de aventuras maravillosas que habilita la existencia de Gladstone Gander (*Gastón*, para nosotros), el lateral primo de Donald, suertudo y competitivo. Esos personajes inolvidables no surgieron de la nada ni del distraído Walt, los creó en la posguerra el ya cuarentón Carl Barks para nuestro deleite. El nombre de Scrooge es familiar para cualquier lector de Dickens; y de ahí viene, precisamente. Barks lo inventó para su memorable *Christmas on Bear Mountain* de diciembre del ´47 y quedó para siempre. Lo mismo que el sobrino fanfarrón y afortunado, contracara de Donald, del año siguiente. También fueron una invención suya de 1951 The Beagle Boys –los *Hermanos Ganzúa*, en la traducción argentina–, cuatro homogéneos ladrones de antifaz y uniforme de presidiario (como si siempre acabaran de fugarse de la cárcel) que acosaban infructuosamente los millones del Tío, y de 1952, el inventor desaforado Gyro Gearloose, que era extrañamente *Pardal*, para nosotros; y que fue *Giro Sintornillos* para las generaciones posteriores.

Los cuentos con tíos y sobrinos de Disney de tres generaciones que inventaba el gran Carl Barks establecen, como las manos de cuatro dedos en términos gráficos, un territorio de tácita tregua a las determinaciones, en este caso, de la malvada familia. Es el territorio de la Aventura. Por suerte nunca conoceremos al padre de los sobrinos de Donald. Es, literalmente y dentro de este sistema, un impresentable.

Impresentable fue siempre la Disney, también. Jamás reconocieron derechos de autor a su genial creador, que cobraba como empleado en relación de dependencia 34 dólares por cada página dibujada, 11,50 por el guión, 20 por idea de tapa y 50 por la realización total de la tapa. Cuando se retiró de la empresa, no tenía un solo original; los pidió y le dieron algunos. Destruyeron el resto, no fuera a ser que... Carl Barks se dedicó, ya jubilado, a dibujar patos al óleo, hacer cuadros con sus personajes. Hizo más de 120 y son unos cuadros bárbaros. Carísimos.

Gloria y gracias a Carl Barks.

Osvaldo Bayer

Diga “whisky”, Osvaldo

POR JOSE PABLO FEINMANN

Un fotógrafo jovencito se entremete en el barrio de Belgrano, llega a una casa sencilla de la calle Arcos y toca el timbre. Abre Osvaldo. El fotógrafo le dice: “De **Página/12**, don Osvaldo”. Osvaldo arruga un poco el ceño y le dice al pibe no me digás “don”, eso se le dice a los estancieros o a los mafiosos, grandes enemigos míos de toda mi vida y con los cuales jamás pienso arreglar nada. El fotógrafo casi se cae sentado o, si se prefiere, de culo y le dice a Bayer (porque de él estamos hablando): “Vea, señor Bayer”, dice, “yo lo respeto mucho y para mí respetar a alguien es decirle ‘don’”. “Vas mal, pibe”, le dice Bayer. “El respeto no es sumisión. Respetar es una cosa, someterse otra. Someterse, jamás”. Será aconsejable decir que Osvaldo se ha levantado torcido esta mañana porque le ocurrieron dos cosas poco gratas con una amante que tiene. 1) Le sonrió y ella no le devolvió la sonrisa; 2) Le tiró un beso y ella nada, fría y despectiva ni lo miró. “¿Qué pasa, Marlene?”, preguntó Osvaldo. “Ayer no me dijiste ‘buenas noches’, ingrato”, dice la Dietrich, desde el retrato que cuelga exactamente sobre la camita en la que Osvaldo, cuando anda en soledades, suele dormir. “Te pido mil perdones”, arruga Osvaldo. “Venía atormentado. Hay días y hay noches así. En que a uno se le da por creer que el monumento a Roca se queda ahí. Hasta el fin de los tiempos, Marlene. Y eso me pone mal”. Pero Marlene, nada. Ni una sonrisa, nada. Osvaldo lo sabe: Marlene es fiera y dura, una alemana de aquéllas. De modo que mal no le viene esta intempestiva aparición del fotógrafo de **Página/12**. Acaso le mejore esta mañana con tristezas.

–Bueno, pibe –le dice–. ¿Qué querés?

–Tengo que sacarle una foto, señor Bayer.

–Bueno, vení. Pasá.

Entran y Osvaldo no le sirve un café porque tiene sobre las hornallas de la cocina 200 ejemplares de *La Protesta* que consiguió hace un par de días en el velorio de un anarquista. “Buen muchacho”, le comenta al fotógrafo, “aunque, a veces, se descarriaba escribiendo contra Di Giovanni. Como verás, Di Giovanni no le puso ni una sola bomba, ni una. Que si no, antes de ayer, no lo velábamos en su casa y en su cama y yo no birlaba esos 200 ejemplares que, honestamente, pibe, son un material invalorable. ¿Sos anarquista vos?” El fotógrafo se pone pálido y tose un par de veces. Al fin, dice: “No, señor Bayer. La verdá: soy peronista”. “Puta madre, pibe. Tan joven y ya extraviado. A ver, tomá”. Le da un ejemplar de *La Protesta*. –Leete esto. Por ahí levantás la puntería.

–¿Puedo? –farfulla el fotógrafo.

–Eso, ¿a qué viniste? –pregunta Osvaldo.

–A sacarle una foto, señor.

–¿Para?

–Para la tapa de **Página/12**.

–¿Para la tapa? Qué, ¿ya me dan por finado?

El fotógrafo le dice que no. Que se votó en la redacción y todos, por unanimidad, decidieron que quien debía salir de una vez por todas en la tapa del diario y quedar en ese número homenajeado para la eternidad era el hombre más moral de la vida de los argentinos, que vendría a ser usted, señor, remata el fotógrafo.

–¿Están en pedo? ¿A quién se le ocurrió eso? –se encrespa Osvaldo.

–A todos, señor.

–Bueno, andá y deciles que están equivocados. Que todos sabemos que el hombre más moral de la historia de los argentinos es Sábato. Con acento, eh.

Y Osvaldo larga una carcajada tan sonora que el fotógrafo se sienta en un banquito para no caerse. Osvaldo tose, se ahoga, le salen lágrimas jocundas y por fin se recuesta contra la pared.

–Esta bien –dice–. Lo hago por vos, pibe. Seguro que te pagarán unos pesos por esto.

–No muchos, señor.

ARNALDO PAMPILLON

–Sacá la foto, dale. Pero con una condición.

–La que quiera.

–Marlene posa conmigo.

–¿Es su esposa?

–Es mi amante –sonríe Osvaldo, con esa picardía tan limpia que le sale cuando sonríe así, como todos sabemos que sabe hacerlo.

Descuelga el retrato de la Dietrich y se sienta junto a la cocina, junto a los ejemplares de *La Protesta* y pone el cuadro de Marlene sobre sus rodillas y lo mira al fotógrafo.

–Así está perfecto, señor.

–Pibe, si me decís una vez más “señor”, no hay foto.

–¿Y cómo le digo?

–Me decís “Osvaldo”.

Entonces el fotógrafo dice:

–Diga “whisky”, Osvaldo.

Y saca la foto.

Después le pide que le firme el ejemplar de *Severino Di Giovanni* que escondía en la mochila, lo saluda y se va.

Osvaldo cuelga el retrato de Marlene.

–Mirá vos, Marlene. Quién diría: la tapa de **Página/12**. Y así, ¿no? En plena juventud.

Esa noche, ella, que lo ama como no amó a ninguno de los numerosos hombres de su agitada vida, se inclina sobre él y lo besa en la frente, en los ojos y, con mucha ternura, apenas como una brisa tibia, en los labios.

Osvaldo se duerme feliz. Y sueña su sueño preferido, el que sólo sueña cuando ella lo besa como lo ha besado. Sueña que es de noche y un rayo poderoso pulveriza para toda la eternidad el monumento a Roca.

Alberto Morlachetti

El huevo duro y el agua tibia

POR SANDRA RUSSO



Yo no descubrí el huevo duro ni el agua tibia –dice Alberto Morlachetti cuando se le pregunta cuáles cree que fueron las razones por las que, cuando la organización sueca Radda Barnen (la filial escandinava de Save the Children) evaluó el índice de reincidencia de los menores con problemáticas delictivas que él aloja en la obra Pelota de Trapo, ese índice fue de apenas el 2 por ciento. Ese sondeo fue realizado a pedido de Naciones Unidas, y fue el comienzo de una serie de reconocimientos de organismos internacionales para Morlachetti, cuyo trabajo transcurre constante, en silencio, rodeado de una bandada de colaboradores que lo adoran, en varias manzanas del partido de Avellaneda.

Morlachetti decía que él no descubrió ni el huevo duro ni el agua tibia, porque lo que viene haciendo desde 1974, mucho antes de que la problemática de los menores institucionalizados estallara, fue, según él mismo explica, aplicar un concepto que rescató del educador brasileño Paulo Freire: "Nuestro compromiso con los niños no es caritativo ni piadoso; es un compromiso amoroso".

Tapa de diarios fue Juan Carlos Blumberg, cuyo caballito de batalla es bajar la edad de imputabilidad de los menores. Pero nunca Alberto Morlachetti. Sí fue tapa de diarios una de sus iniciativas más potentes: la Marcha de los Chicos del Pueblo, que cada año recorre el país para hacer visibles esos cuerpitos débiles que tienen voz pero no encuentran oídos. Las pancartas que levantan esos niños incluyen una leyenda contundente: "El hambre es un crimen".

Morlachetti es sociólogo pero se le nota poco. No es la teoría lo suyo. Es la acción, la obra, el proyecto concretado. En 1974, después de una vida difícil y pobre, agradecido al lugar que le dio Evita a la niñez de su generación, Morlachetti creó La Casa de los Niños, y lo hizo con un crédito que consiguió merced a la hipoteca de su casa. Años más tarde, en 1982, todavía en dictadura y advirtiendo la noche que, aunque llegara la democracia, amenazaba a los niños pobres, que fueron más, cada vez más, cada año más, y cada día más pobres todavía, fundó el Hogar Pelota de Trapo, que empezó en una cancha de fútbol donde se filmó aquella película clásica nacional.

Allí, hoy hay niños, niñas y adolescentes que son cuidados y educados con una premisa que Morlachetti desparrama en todas sus obras: esos niños y niñas tienen derecho también a la belleza. No quiere hogares pobres para pobres. Quiere hogares dignos, comida rica, calor en invierno y refresco en verano, quiere subir el piso al que tiene derecho un niño pobre. No basta con llenarle la panza y darle un techo. Tiene que tener trabajo, juego, diversión. Como cualquier otro. Esta idea, más bien simple, no es la que rige en otros hogares de este tipo. "Son como mis hijos, tengo que darles lo que le daría a un hijo", dice él.

Y lo que cualquier hijo recibe de su padre es básicamente la certeza de una presencia. Ese es el gran descubrimiento de Morlachetti y ésa es acaso la razón por la que los chicos que tienen la suerte de entrar en alguno de los hogares de Pelota de Trapo no desperdician. Hay alguien. En las buenas y en las malas, hay alguien. Si hay un logro, hay alguien. Si hay un fracaso, también. Y ellos devuelven lo que reciben. En esos hogares de Avellaneda en los que hay perfume a tuco y a gajos de naranja, flota en el aire eso que bien podría llamarse amor.

El 1986, Morlachetti creó el Hogar Juan Salvador Gaviota, para chicos con causas penales y chicos abandonados. Esos chicos necesitaban –se dio cuenta él con el tiempo– ocupar sus horas en algo enaltecedor y productivo. Y así y por eso nació poco después la Escuela Talleres Gráficos Manchita, una imprenta en la que, entre otras cosas, se edita el boletín Pelota de Trapo, cuyo objetivo es cambiar el eje de la mirada sobre estos niños: no son el enemigo. Son las víctimas de un sistema que les cierra la puerta en la cara.

Y también nació luego la Panadería Panipan, que abastece a los hogares y al barrio, y donde los chicos mayores trabajan orgullosamente y muestran sus masas, sus facturas, sus galletas, sus alfajores y empiezan a ofrecer servicios de catering. Y también está el Jardín Maternal Pulguitas, para los más chiquitos. Y en Florencio Varela está la granja Azul, un lugar de recreación en el que los chicos también descansan, se ríen, se divierten.

El universo que Alberto Morlachetti creó para esos chicos es amable, acogedor, amoroso. Hay palabra de honor y confianza en el otro. El no descansa. Siempre hay algún nuevo proyecto dando vueltas y siempre es poco todo lo que se hace. Pero en cada eslabón de esta cadena de trabajo que, en resumen, es la vida misma de Morlachetti, lo que hay es una causa abonada con constancia y convicción. Hay resto para atajar al más débil en un país en el que los débiles han sido siempre maltratados. Por todo eso, para Alberto, una tapa y más que una tapa, un abrazo en nombre de todas las vidas jóvenes que rescató del destino que tenían marcado.

Juan Ocampo

A él, no

POR OSVALDO BAYER

Se llamó Juan Ocampo. Nunca su nombre salió en tapa. Por algo será. Fue el primer mártir obrero caído por las sagradas ocho horas de trabajo. Esa exigencia fue la consigna fundamental de las primeras organizaciones obreras argentinas. Y lo lograron. Ese logro significó un progreso fundamental para la sociedad, sí, para la Condición Humana. No es como señalaron algunos que el movimiento obrero argentino fue subversivo, terrorista y anticristiano. Todo lo contrario. Sus logros llevaron a una sociedad más justa, más equitativa, más digna. Antes, los obreros trabajaban dieciséis horas, los sábados y domingos; luego, catorce; más tarde, doce, y se consiguió hasta nueve. Los primeros en triunfar con las ocho fueron los yeseros y los panaderos, hasta que por fin los metalúrgicos consiguieron con su lucha, en 1919, luego de la bestial represión yrigoyenista de la Semana Trágica, con el Ejército Argentino y la ultraderechista Liga Patriótica Argentina fundada por Carlés, el Perito Moreno y el cura Deandrea, las dignas ocho horas de trabajo, que ya hoy, ni el más reaccionario de los políticos-economicistas podría negar.

Juan Ocampo, ese marinerito de dieciocho años, cayó bajo las balas ordenadas por Julio Argentino Roca. Balas cobardes, de toda cobardía, contra una manifestación obrera libertaria –el hermoso nombre– aquel 1º de mayo de 1904. El mismo general Roca que había asesinado vilmente a los pueblos originarios ahora se dedicaba a terminar con los "agitadores", como se decía en su tiempo. Agitadores para hacer una sociedad más justa. Y luchaba también contra la más injusta de las leyes argentinas, la 4144, la "ley de residencia", la "ley de extrañamiento", como la calificaban los diarios inmovilistas. La ley escrita por Miguel Cané y aprobada ¿por quién? Por supuesto, por Roca. Una ley de extrema crueldad. Esa crueldad estaba en que se expulsaba al obrero extranjero de ideología "anarquista" pero se dejaba aquí aislados y sin medios a su mujer y a sus cuatro o cinco hijos, como se tenían en aquel tiempo. Pero lo que tendría que enseñarse en todas nuestras escuelas es que en esa sociedad obrera existía entre los más explotados la palabra "solidaridad". Los obreros que trabajaban daban parte de su jornal para mantener a esas madres e hijos de los padres expulsados, para que pudieran cubrir sus necesidades mínimas. Solidaridad. No, nosotros no recordamos eso, los argentinos adoramos a Roca y le hemos hecho nuestro más grande monumento en el centro de la ciudad.

Juan Ocampo: el marinerito muerto a los dieciocho años de edad bajo los tiros de los uniformados de Roca. Pero las heroicas masas de obreros lo cargaron sobre los hombros. Y lo llevaron a la redacción del diario proletario *La Protesta*. Pero allí, a la noche cayó la policía de Roca, rompieron todo, la imprenta, los libros, los vidrios, los muebles y se llevaron el cadáver del joven mártir. Y ese cuerpo nunca más apareció. Fue el primer desaparecido argentino. Pero de eso no se habla.

Allí donde está Roca en el bronce, a caballo, mirando fijamente a la Casa Rosada –siempre con éxito–, tendríamos los argentinos que haber hecho un grupo escultórico con todos los mártires limpios y bellos de nuestro movimiento obrero, que siempre lucharon por la justicia. Fueron ellos los que combatieron en busca de terminar con la explotación. Ellos, que cantaban el 1º de mayo *Hijos del Pueblo*, canción hermosa que luego les fue cambiada desde arriba por el "Hoy es la fiesta del trabajo, unidos por el amor de Dios", escrita por el fascista Ivanissevich.

Ojalá que el próximo 1º de mayo algún diario traiga en tapa la imagen del muchacho Juan Ocampo, que apenas vivió dieciocho años, que recibió en su joven cuerpo los balazos de Roca, sí, el militar que le dio dos millones quinientas mil hectáreas de las mejores tierras a Martínez de Hoz. Juan Ocampo, un verdadero mártir del progreso, porque ya lo decían los versos de nuestro bello Himno Nacional: "Ved en trono a la noble igualdad, Libertad, Libertad, Libertad".

Tomás Torres Aliaga

El “dotorcito” de Iruya

POR WASHINGTON URANGA

En Iruya (Salta) todos los conocen como “el dotorcito”. En el documento figura como Tomás Torres Aliaga (55) y desde hace 28 años, apenas interrumpidos por su fugaz incursión en la política (fue diputado provincial entre 1987 y 1989), recorre como médico rural los 3200 kilómetros cuadrados atendiendo a 900 familias de origen coya en condiciones de extrema pobreza que subsisten de la agricultura y la ganadería. “El pueblito es muy bello. Aquí viven 1300 personas, pero hay una sola cabina telefónica con un teléfono. Cada nueva línea telefónica cuesta nueve mil pesos y hace 20 días que no funcionan los celulares que tenemos unos pocos privilegiados”, dice Torres hablando del lugar que lo adoptó como propio y sin dejar de reconocer que “el aislamiento es una joda”. En pocas palabras grafica la situación: “Este pueblo es cabecera de veinte comunidades rurales con su escuelita primaria, capilla y puesto sanitario. Allí residen 3500 personas que pelean contra la dura geografía: altas montañas, ríos pedregosos, bajas temperaturas, escasez de agua en invierno y lodo en verano”.

El “dotorcito” Tomás nació en Córdoba, donde estudió. Con su mujer, Alicia, psicóloga social, se fue a vivir al norte en 1976. La dictadura los obligó a salir de Cosquín, donde había hecho su capacitación en pediatría. Primero fue a trabajar en la mina Pirquita y luego en Humahuaca (Jujuy). Desde 1978 el matrimonio Torres se instaló en Iruya y allí está hoy Tomás con el cargo oficial de “médico asistente” del hospital. Sus siete hijos ya partieron con distintos rumbos, “como la mayoría de los jóvenes de aquí”. Tres están Córdoba, tres en Salta y uno en Jujuy, lugares adonde cada tanto se desplazan Tomás y Alicia para ver a sus seis nietos.

Para atender a sus pacientes, Torres hace giras de una semana. “Hacemos jornadas de 16 horas a caballo recorriendo los puestos de salud. A dos de esos puestos se puede acceder con vehículo, pero a los catorce restantes hay que llegar a pie o a caballo”, asegura. “La atención primaria de la salud consiste en prestar servicios sanitarios a toda la población de un área de responsabilidad con acciones sencillas, de bajo costo, seleccionadas con criterio epidemiológico. ‘Epi’ es encima, ‘demos’ es pueblo, es decir, seleccionada con los criterios de lo que le pasa a la gente”, explica. “Eso tiene que ver con la cultura, con la geografía, con la historia de la gente, con su economía”, agrega. Por eso, “la atención primaria tiene que ser respetuosa de la gente, porque es un manera de trabajar y no un nivel de complejidad de la atención médica”. Siempre con el mismo entusiasmo con el que enfrenta su profesión y con la dedicación y compromiso que sus “pacientes” le reconocen, el doctor Torres subraya que “atención primaria de la salud supone meterse en la problemática de la pobreza, de la violencia, de la violencia familiar, de la educación y del acceso a los niveles de educación”.

El aislamiento es parte de la pobreza. “Nuestro mayor problema es el aislamiento. Estamos a 320 kilómetros de la ciudad de Salta, a donde llegamos atravesando Jujuy. La ciudad más cercana es Humahuaca (Jujuy), a 70 kilómetros y tres horas de colectivo. La mayoría de la población tiene casas de adobe, piso de tierra con letrinas, sin luz eléctrica ni agua en el domicilio. A Iruya no llegan los diarios, se escucha radio con dificultad, tenemos una sola cabina pública. Algunos privilegiados del pueblo tenemos televisión y celulares que la mitad del tiempo no funcionan.” También se refiere a las distintas caras de la misma realidad. “Todo lo que es motivo de atracción turística para quienes nos visitan es adversidad para los que vivimos y trabajamos en estos lugares olvidados y desconocidos por los gobiernos y también –por qué no– por los medios de comunicación que colocan diariamente en la agenda pública la realidad del país”, denuncia el “dotorcito”. Hoy como en los tiempos en los que ejercía su banca de diputado provincial, asegura que “hay un modelo económico que no cambia y por eso todos los discursos se adaptan al modelo económico. Por eso hasta las palabras se vacían. Así también se cambia el sentido de lo que se entiende por atención primaria y se la vacía de su verdadero contenido”.

Chicho Sánchez Ferlosio

Gallo rojo, gallo negro

POR SUSANA VIAU

Lo conocí en los '80, cuando un grupo de periodistas valencianos y semianarquistas decidió publicar en Madrid, con el respaldo implícito del PSOE, una réplica del periódico francés *Libération*. La redacción, ubicada en una barraca del barrio de Cuatro Caminos, reunió a los indóciles que no encontraban espacio en los grandes medios. Chicho era corrector del diario. No podía ser de otro modo: la corrección es el lugar que la prensa reserva a los más cultos. Desde un principio me llamó la atención ese hombre que parecía (o me parecía, porque nos separaban apenas cinco años) mucho mayor detrás de sus anteojos de marco grueso, flaco, desgarbado, vestido con sweaters demasiado grandes para su humanidad, fumador empedernido de tabaco y de porro. A la hora de la siesta solía pasearse por entre los escritorios de aquel diario efímero hablando con uno y con otro. Al llegar a mí, canuto en mano, preguntaba "¿Qué tal te tratamos, chica?". Por la noche solía recalar en La Manuela, un bar de Malasaña, vecino al Elígeme, el local posmoderno de la calle San Vicente Ferrer, propiedad, entre otros, de Joaquín Sabina. Fue precisamente Sabina el que grabó una de las canciones de Chicho, "Círculos viciosos". Es que Chicho Sánchez Ferlosio era poeta y cantautor, dos oficios que los españoles conocen bien. Los cantautores –Javier Krahe, Luis Eduardo Aute, el gallego Amancio Prada, José Antonio Labordeta, Javier Gurruchaga, el propio Sabina– sentían por Chicho un respeto mayúsculo.

Alguien, con tino, escribió que a los dos intelectuales del franquismo, Leopoldo Panero y Rafael Sánchez Mazas, los hijos les habían salido rana. Los de Panero, poetas desmandados, desquiciados, malditos, borders y talentosos; los de Sánchez Mazas, tres cuartos de lo mismo: Rafael Sánchez Ferlosio, ganador de la edición 2004 del Premio Cervantes y autor de una novela de culto para los antifranquistas (*El Jarama*) y el otro, que "siendo hijo de quien fue/ y llevando por nombre José Antonio/ Julio Onésimo, pronto/ se quedó sólo en Chicho/ Y le bastaba". Chicho Sánchez Ferlosio, dicen, había concebido "la vida como provocación y la provocación como estética", una manera de estar en el mundo que desarrolló en *Mientras el cuerpo aguante*, un film curioso, una larga entrevista que le hizo Fernando Trueba en 1982. Veinte años más tarde, el hermano de Fernando Trueba, David, volvió a reclamarlo para *Soldados de Salamina*, basada en la novela de Javier Cercas que cuenta la historia de Sánchez Mazas. En la película, Chicho es Chicho y habla de su padre, un ejercicio al que se negó Rafael, el del Jarama, el galardonado.

Chicho murió a mediados de 2003 en un hospital de Madrid. Tenía 63 años y había soportado los tratamientos con dignidad "porque soy un profesional", un "enfermo profesional". Debe haber sido un cáncer. Al menos, ése es el diagnóstico que persigue a la gente de su generación, porque el desencanto y el cigarrillo son un dúo letal. Y quién sino un desencantado podía escribir "Hoy no me levanto yo", una queja vallejiana, dedicada a aquellos nacidos para fastidiar a los melancólicos, a los enfermos de "spleen" ("aunque a nadie le haga falta/ allí te vienen a hurgar"). Lo homenajearon, según suele ocurrir, los poetas, los locos, los marginales, los cantautores y la reina del ajedrez. Los diarios de esta España del consumo desenfrenado, los inversores codiciosos y las financieras piratas fueron avaros con sus necrológicas. Aquí no se escribió acerca de Chicho ni una palabra.

Si siente la tentación de preguntarse a santo de qué habría que dedicarle una tapa a un personaje tan pequeño y tan lejano, tan extraño a nuestras vidas, mejor no lo haga: se equivocará. Chicho Sánchez Ferlosio es el autor de las canciones que todos (bueno, casi todos) hemos cantado creyendo que eran anónimas: "Gallo negro, gallo negro/ Gallo negro te lo advierto/ No se rinde un gallo rojo...". O "Qué culpa tiene el tomate/ que está tranquilo en la mata". Y también: "Oficiales, oficiales/ tenéis mucha valentía/ veremos si sois valientes/ cuando llegue vuestro día".